Libros del Asteroide

Dario Voltolini

Invernal

Traducción de Celia Filipetto



Dario Voltolini

Invernal

Traducción de Celia Filipetto

Libros del Asteroide

Primera edición, 2025
Título original: *Invernale*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2024 Dario Voltolini
Derechos gestionados con R.Vivian Literary Agency, 35137, Padua, Italia.

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
© de la traducción, Celia Filipetto, 2025

Imagen de cubierta: *Agnus Dei*, Francisco de Zurbarán / Album
Fotografía del autor: © Paola Mongelli Portraits

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-68-7
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del
Centro per il libro e la lettura del Ministero della Cultura Italiano.

CENTRO
PER IL LIBRO
E LA LETTURA

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42

Nota biográfica
Recomendaciones Asteroide

Para Eve, de papá y de su padre.
Mi agradecimiento a Marta, Antonio,
Tiziano y a Salvatore.

1

Sobre todo los sábados una masa de personas toma por asalto el mercado. En los pasillos hay multitudes, imposible pasar. Delante de cada puesto hombres y mujeres se empujan y vociferan. Parecen una versión insurreccional de la Bolsa de Wall Street. Dentro de los puestos de los comerciantes se aceleran con furia los movimientos para despachar lo antes posible. Hay allí dentro una danza de personas a su vez en masa, que deben anticipar las trayectorias de los movimientos, los unos de las otras, las unas de los otros. Aquí, por ejemplo, se vende carne: de pollo, de cordero, de conejo. Mientras uno parte a lo largo el conejo sobre el tajo de madera tratando de evitar la explosión de sus huesos y apunta al centro del cráneo para abrirlo en dos mitades con un solo golpe de cuchillo, el otro abre un pollo para arrancarle únicamente la pechuga y filetearla después. Los tiempos de uso del tajo dependen de la velocidad: en despachar al cliente, en deshuesar el animal, en empaquetarlo y estamparlo en la balanza para determinar el precio. Recibir el dinero, devolver el cambio. ¿El siguiente? ¿La siguiente?

Hay bandejas con despojos, hígados, tripas, callos, criadillas. Retirar parte de ellas, pesarlas. Hay riñones por desenvolver de su propia grasa. Se escurren como habas de las vainas. Son del color de las ciruelas. Hay patas de pollo por partir de un corte, cabezas de pollo también. Hay lomos de cordero con los segmentos de los huesos del tórax apuntando hacia arriba. Como en un solo de batería los carniceros golpean entre segmento y segmento con la hoja del cuchillo y crean las chuletitas para preparar al horno, a la brasa, a la milanesa. Sonidos como de metralla, hojas entre la carne y golpes secos sobre la madera del tajo. Balanza, dinero, más dinero del cambio.

Partir la cabeza del cordero que parece mirarte con ojos que no ven nada, golpearla en el centro, los huesos, la lengua emerge. Partir asestando pocos golpes en el mismo surco. Se ven la anatomía de la

cabeza, los meatos de la respiración, la caja del cerebro, la unión de la vértebra con el cráneo. Seleccionar velozmente ramitos de laurel y romero —si hay, también de salvia—, anticipar el aroma de la comida esta noche en casa del cliente, golosamente, presuponer qué tipo de cocción hará. En un abrir y cerrar de ojos imaginar la casa del cliente, inventarse los invitados de esta noche, regresar inmediatamente a este momento, dar el cambio, preguntar a ese otro y a esa otra «¿qué ponemos?». Distinguir en el estruendo el pedido: una pierna, una paletilla. Tomar la pierna y seccionarla en la porción de tiempo que ha quedado libre alrededor del tajo, no hay un instante que perder, asestar mandobles en las escápulas del animal, en los músculos del animal hasta partir el hueso que recubren.

En casa, con los cuchillos de la cocina, no se puede. Es aquí donde hay que hacer el trabajo con la hachuela, el gesto que en casa no se puede hacer, el del decapitador.

Cuanto antes —porque esas personas que se agolpan en masa tienen momentos de pausa como los tiene el pulmón entre la espiración y la inspiración, momento que el budismo conoce y tematiza— repasar con un trapo húmedo las superficies donde se pegan hueso y fragmentos de órganos, de sangre y hiel, y limpiarlas: para conservar una forma de pulcritud en el establecimiento donde se trabaja durante horas y horas. Hay que hacerlo siempre cuanto antes, de lo contrario las explosiones de los tejidos de los animales no tardarán en formar una masa costrosa en las paredes de mármol, en las encimeras de mármol, en los cromados de la balanza, en el cristal que conecta con los clientes. En nuestras manos, en nuestras prendas mientras trabajamos.

Los clientes gritan casi, abren las bocas y gritan, «¡Me toca a mí! ¡Me toca a mí!». Podrían servir de banda sonora a escenas de pájaros en su nido que piden su gusano, que tienen hambre y nada más; volar quizás después. O de carpas en el estanque que llegan y siguen llegando como en una pesadilla, sin pensamientos, solo bocas abiertas en O.

Hete aquí que la mercancía disminuye, hete aquí que los trozos de los animales están a punto de acabarse. Entonces se coordinan y uno dobla la esquina de mármol, abre una puerta y entra en la cámara

frigorífica donde esperan los cadáveres de animales por despiezar. Venta al detalle, se llama. Y eso significa reducir enteros en partes y estas en otras partes.

Él sale de la cámara frigorífica llevando un animal al hombro y cierra la puerta con un golpe de cadera. El animal ya no tiene piel, ni vísceras. Es un cordero que ganó peso después de la castración, rondará los cuarenta kilos, los extremos de las patas ya no están. Las dos traseras terminan antes de la pezuña, eliminada ya. Lo mismo ocurre con los miembros delanteros que cuelgan y parecen saltar un obstáculo, tampoco tienen pezuñas.

En las paredes del establecimiento hay filas de barras con ganchos de acero, al ponernos de cara a ellas exponemos nuestra espalda al público de los clientes. Allí, en esas barras con ganchos situadas a unos veinte o treinta centímetros por encima de nuestras cabezas, se cuelga el animal sacado de la cámara: sus patas traseras terminan como ojales, de un lado el hueso que se inserta en el talón, del otro el tendón de Aquiles que termina en el mismo sitio. Entre ambos, un hueco, bien visible después de despellejado. Se ensarta ese hueco en un gancho de la barra y así se fija, como si el gancho fuese un botón. El otro, el de la otra pierna, se ensarta a tres, cuatro, incluso cinco ganchos de distancia del primero. De ese modo, el animal cuelga a lo largo de la pared, el lomo contra esta última, el vientre abierto frente al matarife y detrás de él, la multitud de carpas y pájaros. Ellos quieren partes de ese animal, aún no despiezadas, a saber cuándo, conservadas, a saber cómo, detrás de las vitrinas que las exponen. Del animal aún entero directamente al tajo al papel de estraza a la balanza a la bolsita de plástico a la bolsa de la compra.

De modo que el cuerpo cuelga. Los mandobles del cuchillo carnicero apuntan al centro entre las piernas. Abren en vertical, del sacro a la nuca, la columna de la bestia. Deben ser, como los otros, golpes que entren en el surco que acaba de dejar el recién asestado. El cuerpo que cuelga se abre casi con delicadeza, se separa como en un *spagat*. Es un *spagat*. Nada más separarse un poco, se descuelga una de las piernas, se la engancha en el gancho más alejado y se establece esta apertura para la que no hay vuelta atrás.

Y así, de cuchillada en cuchillada, mientras la zurda aferra la pierna y la ijada izquierda del animal dispuesta a separarla más aún, el matarife llega, con sonidos acompasados de ventilador defectuoso, hasta el cogote del cuerpo. Allí se detiene y lo decapita. Despojado del cráneo, el cuerpo se drapea al fin como un telón en dos medios cuerpos que cuelgan en paralelo y se reflejan el uno en el otro.

Comienza el despiece de una de las mitades. Fuera la paletilla; la caja torácica es penetrada por la hoja de sicario de otro cuchillo y después partida a lo largo de la incisión con la presión de las manos, produciendo un sonido de güiro; después, en el tajo, en el intervalo que se crea, para enuclear la pierna, para desollar las costillas de su tejido con la fuerza de las manos.

Sigue el despiece de la segunda mitad.

La barra de ganchos está lista para un nuevo sacrificio. Él va a la cámara frigorífica y regresa con un segundo animal. Los colores de la grasa, de los huesos, de los músculos y de los dos ojos en el cráneo.

El animal colgado, un golpe, dos golpes. Se abre, lo abre desplazando la parte de la izquierda, enganchándola más a la izquierda. El movimiento entre tajo, balanza, barra de ganchos y bandejas de despojos se acelera. Una tercera cuchillada: poderosa, parte los huesos de las vértebras, un golpe secciona a lo largo unos veinte centímetros de la columna. Una cuchillada divide una serie de varias vértebras.

Él desplaza la mitad del animal unos cuantos ganchos más, va una cuchillada, alguna otra más y luego decapita al animal. La danza se encalla, quien va del tajo a la balanza golpea a quien se levanta de las bandejas con las manos llenas de tripas y riñones, sigue un movimiento para no perder el equilibrio en ese espacio entre el mostrador de venta y la pared. El movimiento lo golpea a él justo cuando asesta la cuchillada, el cuchillo se desvía a la izquierda. No se hunde en el surco que está trazando en la columna, se desvía hacia su pulgar, que sujeta la mitad del animal para abrirlo y partirlo mejor. La desviación afecta la trayectoria del cuchillo carnicero pero también lo desalinea, de modo que cae de plano, no con el filo, sobre el dedo de la mano. Aun así el dedo se separa de la mano, pero no del todo. Habría salido volando e ido a caer entre el público de los clientes.

Queda unido a la mano por algún tejido no seccionado del todo, no golpeado limpiamente. La sangre de él se mezcla con la sangre fría del animal. Su grito franquea por un instante las voces de la masa. Luego él ahoga ese grito, y como siempre el dolor le queda dentro.

Corriendo a urgencias, la mano y medio antebrazo en una bolsa de plástico envueltos en papel de estraza que sujeta el pulgar cerca de la palma, que pasa por la muñeca y llega casi al codo.

Una llamada telefónica de la esposa a sus padres. La madre de ella ha rebanado las cebollas blancas, las ha escaldado, las está metiendo en el tarro con agua, sal y vinagre para conservarlas, servirán de entrante. El padre de ella está disolviendo los restos de un tubo de plomo en una cacerolita al fuego. Una vez fundido el plomo lo verterán en agua fría y cuajará chirriando en forma de neurona, de rama, de coral. El nieto, que leía distraídamente «Un día que jamás olvidaré» en un número del *Reader's Digest*, se acerca al fregadero para asistir a la metamorfosis del plomo. Suena el teléfono. La madre de ella descuelga el auricular. «¡Ay, no! ¡Ay, no! ¡Gino!».

Estamos en la segunda mitad de los años setenta del siglo xx. Gino es mi padre. Veo cómo cuaja el plomo. Su aroma se mezcla con el del clavo de olor.

2

En el hospital reimplantan los tejidos y salvan el dedo. Durante días el resultado es dudoso. El dedo se hincha, se inflama, produce pus. La piel se tensa, se afina, cambia de color. La tensión superficial aumenta, la piel parece un espejo. Cada sístole de su corazón recorre las arterias, llega al interior del dedo y late produciendo dolorosas punzadas.

Hay que tomar una decisión: allí, donde el cuchillo carnicero del comerciante, en cuya hoja porfían tejidos de animal, sangre seca, virus, tuétanos, bacterias y otras criaturas, no ha terminado el trabajo, puede que llegue a hacerlo el bisturí sin vida de la ciencia.

El dedo parece a punto de explotar.

Después, la inflamación remite poco a poco, la piel recupera algo de elasticidad. El dedo mantiene su deformidad pero vive. Los músculos, los tendones, los vasos sanguíneos, el hueso y el cartílago inician las obras de reconstrucción movidos por sus inteligencias, que no ven nada pero nos mantienen unidos en el organismo que somos.

El dedo se salva del bisturí y sigue en el cuerpo del que siempre ha formado parte, pero su capacidad de articularse apenas existe.

Como no es pianista, vuelve al trabajo. Lo hace antes de lo que mandan el pronóstico, el consejo de los expertos y el sentido común. El caos del mercado lo acoge, pero puede que con algún decibelio menos, ¿quién sabe? Tal vez sea un engaño de la percepción. Tal vez no; en el espacio que lo rodea, él ocupa el centro y lo hace con un matiz que antes no existía. Por supuesto, como si nada hubiera pasado, cuelga el cordero ahora enorme por la falta de hormonas en la barra de ganchos, como siempre. Lo parte a lo largo con los golpes de siempre. Lo separa con la mano en la que la articulación no interviene en el gesto, puede hacerlo. No hay vacilación en las cuchilladas, como antes. Sin miedo.

Sin embargo, se ha colado un nuevo aspecto. El acto del sacrificio tiene ahora en sí algo que no puede verse pero que está ahí: un incremento de la sacralidad y del respeto que siempre habían estado ahí. Esto hace que el alboroto del mercado, en esa esfera de pocos metros cuyo centro ocupa él, parezca, o incluso sea, menos generador de ruido.

3

La zona del mercado donde trabaja, a diferencia de las otras zonas (tres), está construida en metal y vidrio. Estética de principios del siglo xx. No vive lejos de allí. Dados sus horarios, siempre se desplaza hasta allí en coche, nunca a pie. El tiempo de estar en casa y el del trabajo quedan separados por esos minutos de trayecto, que él ha reducido al máximo.

Después del accidente las fuerzas regresan poco a poco a su cuerpo, que se ríe del reposo. Ahora el dedo está como está, pero no duele. Vuelven todas las energías de antes.

Casi.

Perdura un velo de cansancio al que durante meses y meses él no da importancia. Por lo demás, casi todo es como antes.

Pero, alcanzada la cumbre de la recuperación, a pocos milímetros del estándar anterior, ese cansancio reclama que lo tengan en cuenta. Además, aunque lentamente, algo invierte su curso y casi de modo imperceptible, tras haberse mantenido ahí delante pero al alcance de la mano (¡falta un metro!), el estándar comienza a alejarse.

Una sensación de fatiga, que sabe dominar pero de la que ya no puede distraerse, se expande y se instala en él invasivamente.

Igual que el agua de la ladera encuentra sus caminos para aflorar en la superficie de la llanura, su yacimiento interno empieza a asomar la cabeza. Su llanura se compone de trabajo, pasión por el fútbol y conocimiento de ese deporte, una salida para cazar de vez en cuando, a menudo otras salidas (humorísticas), algún cigarrillo Nazionale sin filtro. Mientras tanto estas resurgencias provenientes de lo más profundo de su interior llegan incluso a intrigarlo. Pero siguen subiendo, manifestándose ahora aquí, ahora allá. Las que asoman no se secan, y aparecen otras. Es un proceso que al principio le da tiempo a acostumbrarse a la novedad. Después, el porcentaje de humedad en la superficie de su llanura aumenta aceleradamente.

¿Qué muros de contención actuaron al principio? ¿Con qué fuerza sellaba esa ladera? ¿Cuáles se resquebrajan ahora? ¿Ese resquebrajarse es la causa o el efecto de su cansancio?

Hay que hacer unos análisis de sangre.

4

El faisán, el ánade real, la gallineta y, raramente, el lebrato se cocinan en casa. Llegan de la cacería. Convertidos en alimento dan variedad a los platos de carne que derivan de su trabajo. Llevan en el cuerpo perdigones de plomo que se escupen en el plato. Cada perdigón, un ruidito.

Su trabajo sigue con los mismos horarios, con las mismas modalidades, con la misma fuerza y la misma determinación. Pero algo empieza a hacer juego en los intersticios del mosaico; una salida a cazar de más, por ejemplo. O también: con mayor frecuencia de la habitual, llega cargado de latas de procedencias lejanas, como aletas de tiburón o sopa de tortuga. Se ha limitado a dar una vuelta dentro de su propio mercado, antes de volver a casa. Ningún cambio en los horarios. Pero señales de algo que pide ser dicho, por él, y escuchado por los demás. Señales de una exquisitez y un misterio tales que ni él las dice ni nadie capta.

El mosaico comienza a moverse.

Por las teselas del mosaico se filtra esa creciente humedad. Algo que pueda al menos inervar con otra cosa la jornada y su ritmo.

Como ocurre con el atleta, al alcanzar un límite incrementa el rendimiento. De ahí que la fatiga creciente produzca aumentos y no reducciones.

Nada penetra el perímetro de su profesión, ni siquiera Ulises sabría cómo violarlo. Pero fuera, ciertos espacios tienden a la dilatación. Algún minuto de más en la peluquería, por ejemplo. Un trayecto en coche con un par de desvíos: una avenida, una calle jamás recorridas. ¿Cómo serán? ¿Adónde irán a desembocar?

Alguna ocurrencia, algún tema que las conversaciones jamás han tocado, con personas con las que de costumbre pasa el tiempo estrictamente necesario, hasta hoy. En su gestión de sí mismo y de su

tiempo, vayan como vayan las cosas, perdura una elegancia que, esta también, se remonta a la falla.

No se la percibe directamente pese a estar allí, a la vista de todos, de todos.

5

La consulta y la casa del médico de familia están a la vuelta de la esquina, en la misma manzana donde vive él. Sostiene en la mano los informes. Pone cara de médico que sabe, una cara que es uno de los síntomas de una enfermedad profesional adquirida a lo largo del tiempo a golpe de pacientes.

«Los análisis están bien», dice. Lo mira con superioridad.

Desde hace un tiempo él tiene menos apetito. Él, que un día frente a una señora que compra chuletitas de cabrito y duda de la calidad y frescura de la carne, para demostrarle que se equivoca, se sirve una directamente del tajo y se la zampa a bocados delante de la mujer, que se espanta. Se trata, en efecto, de un corte de una calidad como se ven pocas, pero a veces se consigue: llegan desde los mayoristas. ¡Que pongan en duda precisamente eso!

«Hay épocas en las que se está algo inapetente», dice el médico.

¿Y el cansancio, entonces, o mejor dicho, esta especie de tedio que lo asalta? Desde que era niño y le daba patadas a una pelota de trapo en el patio imaginando al Sívori que después vería de cerca en la realidad, en acción, enfrentándose a él en un entrenamiento y quedando fulminado en lo más íntimo para siempre, no había aparecido nunca nada con el nombre del «tedio» o su marca.

«Dejaremos pasar unos meses y repetiremos los análisis. En efecto, las plaquetas casi rozan el límite mínimo. Nos vemos entonces», dice.

En efecto.

Pasan los meses. Mientras tanto las plaquetas disminuyen.

6

Encuentra un artilugio que es el espejo para alondras. Va a acomodarse a un terreno situado en un cruce de carreteras. Lo acciona. No llega ninguna alondra. Ni un solo mensajero celeste. Los mensajeros celestes son unos esnobs, no van a los prados situados en cruces de carreteras, no se arriesgan a que les disparen. Los mensajeros celestes no son de color celeste, sino marrón.

En la llanura que provoca menos intriga del mundo, localiza un lugar donde hay un recinto que se asemeja a la vez a un aeropuerto de provincias y a un campo de internamiento, donde se practica el tiro de pichón. Desde una balaustrada sin esperanza se apunta hacia un prado al fondo del cual se encuentran unas cajas. Dentro de cada una hay un pichón. Como en el tiro al plato, se grita «*Pull!*» y se abre una caja. Al verse libre de repente, el pichón sale. Y se le dispara al vuelo.

La cuestión es que después del «*Pull!*» la caja se abre y el pájaro sale titubeante: da unos pasos, parece retroceder. Ha entendido la farsa de la libertad, sí, la ha entendido al vuelo (podríamos decir). Se pasea alrededor de la caja.

Él apunta de todos modos, interesado seguramente por la intuición del pichón. ¿Estamos todos en la misma pajarera?

Y dispara.

Dispara cerca del pichón. Dispara hasta que el pájaro despierte y al menos intente volar.

Nada.

El pichón parece mirar hacia un punto donde se ha levantado un poco de tierra, y ya.

Entonces le dispara de nuevo. Muy cerca.

Finalmente, con condescendencia, el pichón sale volando.

Después regresar a casa, recorrer la carretera de circunvalación. Con esto nada hecho, con esto todo hecho. Y cada mueble, cada plato,

cada adorno, ahí están, de uno en uno, perdiendo el sentido, afinándose y desfigurándose.

Las personas todavía no, ellas se mueven con vida propia, pero ¿adónde van, qué hacen, por qué lo hacen?

Mañana en todo caso habrá que ir a trabajar, eso sigue en pie sobre pilares indiscutibles, hay que hacerlo, por mañana, por los días después de todos los mañanas.

Se acuesta, se duerme. Existe un momento de paso de la vigilia al sueño que parece albergar todo el reposo del mundo, pero después, por una contradicción de esas que conocemos todos, justo al dormirnos lo saludamos, nos marchamos, nos despedimos del reposo, que se hunde como una pesa de hierro en el agua, se aleja, desaparece.

Sin sueños el sueño. También sin pesadillas.

7

En pie temprano. Todavía está oscuro. Llega al mercado recorriendo el camino de siempre, en coche. Pero le parece que el mercado se ha desplazado algo más lejos. También el tiempo que tarda en alcanzarlo, aparcar, entrar en el edificio, intercambiar unas palabras con los pocos que ya están ahí parece componerse de unos minutos extra pese al desmentido del reloj, que dice que todo es como antes.

Prepara las carnes, ordena el escaparate, comprueba otra vez la cantidad de mercancía, telefonea al matadero para encargar el número exacto de reses para ese día: tiene ojo, rara vez se equivoca en las previsiones, y esas veces, siempre por defecto.

Tiene ojo: ¿piden trescientos cincuenta gramos? Y él paf, estampa en la balanza trescientos cincuenta gramos de carne. La aguja amaga una oscilación y luego se detiene justo donde debe detenerse. Con precisión.

Está en su fortín. Poco a poco nota que el cansancio desaparece, el engranaje del trabajo lo intercepta, lo elimina con sus fricciones, lo drena. Los gestos, la costumbre y la maestría tienen ritmos propios. Él los inventó y estableció a lo largo de años de trabajo, ahora acuden en su ayuda. El movimiento ayuda.

El del puesto de enfrente que vende carne de buey y ternera, el otro que vende cerdo, ese otro, su competidor, de ovinos, aves y conejos, y el de los quesos y el panadero y el tendero empiezan a vocear, intercambian ocurrencias, de fútbol sobre todo, se toman el pelo, hacen coro. Por eso, cuando abran, la clientela entrará allí como acogida en un golfo místico, entre las reverberaciones todavía presentes de la afinación realizada, horas antes, por esas voces y por los afilados de las hojas que resuenan entre los cristales y el esqueleto metálico. Al cerrar, después de limpiarlo todo hasta verse reflejado en las superficies, regresa a casa. Y allí el tiempo se desajusta de nuevo y pierde su credibilidad, sale rodando de los relojes hacia otro tiempo,

lo hace con una mueca a un lado y una fijeza de máscara japonesa al otro. Y en casa también lo mismo. ¿Qué hora es? ¿Hora? ¿Es?

Los días transcurren así, con un fortín donde todo prosigue sincrónicamente y un desierto en el exterior que se ensancha, se deja invadir por tormentas de arena, arde al sol y, entretanto, por la noche, se enfría.

Así transcurren las semanas.

Los meses.

Después, una corriente del exterior comienza a soplar también entre los muros del fortín. La ocurrencia, compuesta de inteligencia o estupidez —como siempre, no tiene importancia—, que le lanza el amigo desde el otro extremo del pasillo le llega envuelta en algodón. Él responde con una ocurrencia suya, sagaz como de costumbre, pero debe imprimirle una fuerza mayor para impulsarla hasta esas orejas. Las cosas que volaban ágiles ahora planean, ahora baten sus alas de cóndor para no estrellarse contra las baldosas de las trincheras.

El tiempo pasa.

Y el tajo, que lleva años donde está, resulta más difícil de alcanzar. Las hojas de los deshuesadores cortan menos, las de los cuchillos para seccionar, despiezar, oscilan ligeramente allí donde se insertan en el mango. Los cristales repasados con el trapo sobre el espray desengrasante dejan una baba iridiscente que se evapora con dificultad y sin la rapidez que la limpieza confiere a las cosas.

La barra de ganchos tiembla un poco al forzarla con el peso.

La superioridad reflejada en la cara del médico se compone ahora no tanto, no solo, del desequilibrio entre quien sabe y quien ignora, sino también de eso entre quien está sano y quien no lo está.

«Las plaquetas han bajado y hay otros valores que no se encuentran del todo dentro de los parámetros», dice.

¿Qué hacer? Consultar a un especialista. Es algo que el médico acepta, es más, lo propone. Lo impone. En cualquier caso permanece la superioridad de quien está en primera línea del frente de la población, de quien sabe un poco de todo en vez de conocer solamente la propia especialidad y una mierda de todo lo demás.

Hematólogos.

Análisis.

El cálculo de las plaquetas a veces confirma un dato de escasez, pero lo hace con los mismos valores, señal de que no ha empeorado en relación con el último análisis pero tampoco ha mejorado.

Otras veces los valores bajan. Al final su media baja a largo plazo. Después bajan y punto.

Sobre su fortín aletean los años que han pasado. Las imágenes de la hoja del cuchillo en el dedo. ¿Acaso la laceración sirvió de salida a algo que lo oprimía por dentro desde hacía tiempo, desde siempre? ¿Con dolor, pero el dolor de la liberación?

¿Y por eso el haber ahogado primero el grito y cerrado luego los tejidos del pulgar, el haber comprimido las fuerzas en expansión, el haberlas vuelto a meter dentro, tuvo un resultado, unas consecuencias?

La literatura no refiere el caso de la cornucopia en la que van a acumularse los dones que ha prodigado, recorriendo el mundo en su busca para trasladarlos de nuevo encadenados dentro del contenedor del que salieron libres. De la cornucopia rellenada con sus dones comprimidos en su interior como para hacer reventar de grasa el hígado de oca para el paté. Ni de la caja de Pandora donde se acumulan de nuevo los elementos que de ella salieron. ¿Qué les ocurre a esas fuerzas que se desencadenan en el afuera cuando se las obliga a meterse dentro? ¿Se calman? ¿O invierten la fuerza de afuera adentro? Una fuerza implosiona con la misma potencia que cuando explotó, eso es lo que se cree. Con la misma aceleración. En un movimiento va hacia el todo, en el otro, hacia un punto.

¿Y después? ¿Qué hay en ese punto? ¿Hay ilógicamente algo más allá de ese punto, en un centro más centro en el centro del punto mismo? A la inversa de la temperatura de la fuerza en expansión, esa misma fuerza, al ir a la inversa, es fría, cada vez más fría.

8

Es un proceso con ritmos propios, parece desacelerar pero manteniendo una constancia, también parece que vuelve a arrancar raudo y sincopado, eso parece. Tomamos solo las ondas superficiales del movimiento oceánico, es justo eso.

Él no parece haber cambiado de costumbres y ni siquiera de humor. Pero la voz de los familiares va hacia el fondo y no hacia él. Cuando él entra en el aparcamiento del mercado mira a su alrededor, lo evalúa, afina la puntería con mayor consciencia para acertar su plaza y después, del mismo modo que al aparcar, apunta a la concentración del trabajo por hacer. Cuando telefonea al mayorista para encargar más bidones de callos y más cajas de pollos, con una parte del cerebro imagina a quien lo atiende al otro lado: ¿será aquel muchacho de barba que un día vio pasar por ahí? ¿Será un nuevo contratado? Dado que las demás partes de su cerebro funcionan como siempre, nadie nota la sutileza de esta diferencia. ¿La nota él?

Sí, sin duda, en un instante, como en un abrir y cerrar de ojos, ve una cosa.

El lomo está en el tajo, es de cordero no castrado, de modo que se trata de una pieza que no ha perdido delgadez ni ligereza en las distintas fases de la matanza, porque la ligereza y la delgadez estaban en el animalillo y su lana, en su mirada tiernamente compuesta de confianza y curiosidad. Son cualidades que no se han perdido en la matanza, de la primera cuchillada en el cuello al despelleje seguido de la separación de la piel del cuerpo insuflando un chorro de aire comprimido tras haber insertado la boquilla del compresor en un corte practicado en la patita posterior. Ninguna disección y ninguna evisceración ha borrado esas cualidades y, ahora que esta parte de su espalda está sobre la madera del tajo proyectando hacia arriba los huesos de las costillas que salen de las vértebras, se ve que el corte es realmente de primera. Él deja caer la hoja rítmicamente sobre esa

blandura, sobre ese crujir de huesecillos, tac tac dos chuletitas, acto seguido sin pausas tac tac tac tac cuatro más, casi terminado, pero... Es aquí cuando él vacila y el gesto de cortar se interrumpe. Luego se reanuda casi enseguida, y poco después todo el lomo está empaquetado y vendido en forma de chuletitas que ni siquiera hizo falta aplastar con el mazo ablandador de acero.

Durante todo el día, sin embargo, él piensa en esa vacilación. Mejor dicho: durante todo el día él habita en el tiempo que se manifestó en esa vacilación. No tiene un pensamiento con preguntas y respuestas —¿por qué vaciló?, ¿qué lo distrajo?, ¿qué pensamiento o imagen o recuerdo lo visitaron?—, nada de todo esto, solo tiene un tiempo que se queda ahí, flotando entre todos los demás tiempos. Él no reflexiona, no trata de entender, él está allí dentro, en ese tiempo, y lo sigue viviendo, aunque ese tiempo ya se haya ido volando.

9

Se enciende un cigarrillo Nazionale sin filtro. No sabemos dónde y cuándo. Creo que en una esquina entre la avenida tal y la calle tal, a la que llega en coche por la única razón de que nunca ha pasado por ahí. Encuentra en el gesto una pérgola de cobijo. La presión está descontrolada. Las cosas nunca dichas y las cosas nunca vistas se esparcen en una mezcla nunca imaginada, nunca supuesta, pero que ahora está aquí.

El estupor desacelera el pensamiento. Los panoramas entrevistos tal vez de noche se alzan ahora en el recuerdo. Se mueven, pero con tal lentitud que parecen un fresco fijado en la pared, y de otros lugares llegan escenas no dotadas de evidencia.

Una llanura de noche (mientras la piensa, dando una calada al Nazionale sin filtro) se expande hacia el este. ¿La estaremos mirando quizás? ¿Es en sí misma la imagen de todo? Si lo fuera, ¿por qué lo sería? Bueno, porque una vez superada la colina, una vez superado ese horizonte que está a un paso de aquí, la apertura de la llanura aluvial se dispara muy lejos. Tan lejos que golpea como una piedra plana que rebota incluso en el agua del Danubio. Afloran esas historias contadas por el mayor de sus hermanos que, pese a ese rollo del Telón de Acero, iba a negociar con criadores húngaros para importar en el Bel Paese ganado ovino de calidad, apacentado quizás en la *puszta*. Cuando aquí el matadero todavía estaba en una zona bastante cercana al centro, delante de la antigua cárcel, del mismo color, hecho de ladrillos ennegrecidos por la sangre de los animales y su mugido previo a la muerte. Relatos de tierras mentalmente de vete a saber dónde, lingüísticamente de vete a saber qué.

¿Adónde iré?

10

Llega el momento en que el oasis del Nazionale sin filtro se ensancha. Él se da cuenta de que desde hace un tiempo, cuando va al estanco, a veces compra un paquete más de lo habitual. Contra toda lógica, además, fumar se está convirtiendo en respirar. Así como después de una apnea urge inspirar la mayor cantidad de aire posible, para él es cada vez más urgente fumarse un pitillo; de este modo y con esta perspectiva toda costumbre empieza a manifestarse como apnea.

Se queda apoyado contra un pilar de metal en el mercado, justo en la salida de su puesto. Descanso para el Nazionale sin filtro. No hay mucha gente, no es sábado. Pero las voces no tardan en devolverlo a la actividad: piden un hígado fileteado. Contesta que va enseguida, pero en vez de apagar de inmediato la colilla aplastándola con el zapato, sigue fumando.

«¡Un hígado!», exclaman en voz un poco más alta. Entonces él da la vuelta por fuera sin dejar de fumar y llega a los clientes. Estos no entienden bien por qué para despacharlos aparece ahí fuera y no dentro. Pregunta si ya saben qué hígado de los expuestos detrás del cristal quieren. Señalan uno terso, todo reluciente. Él sopesa la elección. Ellos lo miran sin saber qué pensar. Dice que, en efecto, es una elección que también aprueba. Los mira y da una calada al Nazionale. Ellos sonríen, no saben qué cara poner. Desgraciadamente ese hígado ya está vendido, es decir, reservado. Ellos, perplejos. Pero si está en el mostrador, dicen. Así es. Pero como el mostrador es mío y yo soy quien lo ha reservado, el hígado está ahí pero no está a la venta. Y fuma. Lo miran. ¿Y ese de ahí atrás? Bien, ese hígado sí está disponible.

Apaga el cigarrillo de un pisotón, se pone detrás del mostrador, selecciona el hígado de atrás, idéntico al primero, lo deposita con cuidado en el tajo y empieza a afilar el cuchillo con los movimientos lentos del afilador inoxidable. Y venga arriba y abajo, y arriba y

abajo, y frin y fran. Deja el utensilio en su sitio. Pone una mano en el hígado y lo secciona en filetitos del mismo e idéntico grosor, se toma todo el tiempo del mundo. Al final el órgano es envuelto y entregado. Con dos ramitas de laurel. Es un hígado de primerísima calidad, en cuanto llegue a la cocina de los clientes percibirá la sartén que se está calentando y comenzará a cocinarse por voluntad propia. En la cocina cuya ventana se abre a la galería comunitaria donde hay una cesta en el suelo llena de cebollas y patatas y una garrafa de tinto sobre el mantel de cuadritos y el pan puesto del derecho para no ofender a la Virgen.

¿Qué le debemos? Preguntan, ya irritados pues no lo vieron pesar el hígado. Ya sospechan el timo del vendedor, se defienden de su astucia. Dispuestos a pedirle que lo coloque en el plato de la balanza, para comprobarlo, por derecho.

Nada.

Ojos de clientela que se abren desmesurados por la sorpresa. «¿Cómo que nada?»

Regalo de la casa.

Y se enciende otro.

11

Él en su coche recorre por la ciudad trayectos que nunca hizo, pero siempre sin acumular retrasos ni en el trabajo ni en casa. Los lunes, probablemente, cuando el mercado cierra. Al regresar de las batidas de caza los domingos, tal vez algún domingo.

Estos desplazamientos suyos se trasvasan en un depósito nebuloso que a saber dónde se encuentra, pero en el que al menos se reciben y salvaguardan algunas imágenes. De hecho, muchos años después estas imágenes visitarán sueños ajenos y quien las sueñe no sabrá distinguir entre sueño y fantasía o alucinación. Quien las sueñe verá pasar un vehículo, un Lancia, con él mismo al volante, por algunos barrios del centro a los que iba sin motivos laborales, pero quien las sueñe tendrá sus motivos. Ahí trabaja el soñador, no el soñado. Pero ¿habrá sido él a quien vi pasar? Obviamente no, después de tantos años de su ausencia, después de tantos años fríos uno tras otro uno tras otro sin amortiguación entre uno y otro. El soñador deduce que es una alucinación, pues la imagen, allá en el cruce, mientras el coche gira y desaparece, deja la matrícula como estela. Es su matrícula, podría decirse, pero de su matrícula ya nadie se acuerda.

Hasta las más misteriosas invenciones fantasmagóricas de la mente necesitan materiales para componerse. Y en esos trayectos suyos él los produce, los acumula en el depósito nebuloso del que, en la ilusión del sueño, los extraerán futuras personas para fantasear sus propias alucinaciones.

Por el contrario pertenecen a la historia y al recuerdo, aunque también sean cosas aleatorias, algunas de sus frases dichas por decir, como constataciones dotadas de un significado de mero servicio. Sin embargo, se instalan en sitios que tienen una solidez y una permanencia en la vida de quien las escuchó. Por su naturaleza las conversaciones en torno al fútbol tienen un aspecto de bar que las une, ya sea que salgan del cliente habitual que jamás se calzó unas botas

con tacos, ya sea que salgan del seleccionador del equipo nacional entrevistado al borde del campo al final de un derbi.

Sin embargo, frente a la pantalla todavía en blanco y negro, como comentario a vete a saber qué cosa vio él y nadie más, deja caer una distinción que habría podido hacer un lingüista que describe o un filósofo que vive en la edad del helenismo, por ejemplo, la que existe entre «clase» y «estilo».

Hay futbolistas, en general atletas, todavía más en general personas, a las que la naturaleza ha dotado de estilo. Que no debe confundirse con la clase, atributo de pocos. No siguen explicaciones.

La frase se queda en un cajón, junto con las matrices de talonarios y antiguos recibos. Y un buen día en la pantalla aparece Gerd Müller. Kilos de clase, cero estilo. Aparece Gigi Riva. Kilos de ambos. Años después aparece Van Basten, toneladas de ambos. Quienes tienen estilo y nada más caen todos en la amnesia y el olvido.

Del mismo modo comenta una entrada asesina del defensor sobre el atacante que no se ve en la pantalla del televisor. Pero al cabo de un rato el árbitro detiene el juego y la cámara encuadra a ese atacante en el suelo con una presunta fractura de tibia y peroné. Pero ¿dónde vio él ese impacto? La imagen no lo encuadró. ¿Habrá calculado mentalmente las trayectorias de cuerpos a partir de una posición inicial que fue encuadrada, luego se perdió y no podía sino tener ese desenlace? Y en tal caso, ¿cómo es posible que él sepa hacer ese cálculo y los demás no?

Es porque cuando entrenaba conoció a Sívori en persona. Entre todas, esta es la hipótesis que sigue en pie. Haber estado en contacto con algo que trasciende y a partir de ese momento llevarlo en la estructura misma de la propia percepción.

Haber aprendido algunos gestos técnicos, haber intentado reproducirlos, haberlo conseguido a veces: él persigue la pelota que está a punto de acabar saliendo del campo, seguido tranquilamente por su marcador que corretea lo justo para acompañar el saque de banda que se hará dentro de poco; pero él se adelanta a la pelota y con un movimiento de piernas gira sobre sí mismo, luego mira a la cara al marcador estupefacto y, continuando el gesto, pivotando sobre el talón, como hace la paleta del flíper, lanza la pelota hacia una parte

del campo evitando el saque de banda: hacia una zona libre a espaldas del marcador donde va después a recuperarla, y entonces es un regate, o hacia un compañero que la está esperando, y entonces es un pase. Si el marcador corre con una pierna muy separada de la otra (sin estilo), el pase o regate piden que el movimiento, en su rapidez, produzca también la burla del caño.

Quien tiene conocimiento de un entero lo ve como tal aunque en su pupila entre apenas un fragmento, sin importar cuál.

¿Acaso él, con su coche en esos barrios por los que nunca pasaba habitualmente o por los que no pasó jamás, visita fragmentos de un entero que conoce ya por completo? ¿O se trata de algo distinto? ¿Un entero o tal vez el entero mismo que le pide a él audiencia?

12

Entrar en casa. Enfilar el pasillo que conduce al sueño del aparejador que es la terraza. Detenerse, examinar las dos armas colgadas en la pared. La escopeta de dos cañones, que tiene un notable retroceso cuando disparas, y la carabina, menos pesada.

Convocar por primera vez en la imaginación no los futuros usos de las dos armas, los futuros faisanes, las futuras liebres, las gallinetas. Sino por el contrario llevar en sentido inverso al mismo lugar los usos pasados.

Aquella vez en que el faisán dorado salió corriendo por el claro, levantó vuelo y ¡pum! Mejor dicho pum pum, era la escopeta de dos cañones. La liebre que saltaba asincrónicamente, pero ¡pum! Aquella gallineta de gran tamaño (¡pum!) que se reveló en la espesura, confundiéndose con la espesura, pero moviéndose como no lo hace la espesura, que no es un animal.

E incluso antes de convocar las veladas misteriosas en las que provisto de balanza de joyero, pólvora, perdigones y balines de plomo montaba cartuchos en la mesa de la cocina. Rellenando de borra los huecos. Figurándose el disparo que se produciría unos días después, o el encasquillado, anunciado esa noche misma por una debilidad en la construcción del cartucho.

E incluso antes, al ir a esa casa suya después del trabajo y después de la cena en la sala con una mesa de ónix donde organizaba las cuentas del día, formando paquetes con el dinero, billetes de los grandes, contados con un movimiento de las manos digno de aprender, profesional. ¡Muchos fajos de liras! Pensaba el hijo.

Explicarle al hijo que aquello no era el «beneficio», sino «la recaudación». ¿Qué diferencia hay? Pues que de la recaudación hay que restar los gastos para obtener el beneficio. ¿Qué gastos? Por ejemplo: vendo un conejo, cobro diez por él. Pero al comprarlo yo pagué siete. Así que aquí sobre la mesa ves diez, pero tengo que darle

siete a quien me vendió a mí el conejo, de modo que yo saco tres de «beneficio».

Ah.

Suponte entonces que el conejo que compré estaba entero y que el que vendí estaba troceado, y el trabajo para trocearlo está en ese tres.

Ah.

Y el trabajo de mantener limpio el puesto del mercado, pagar al aprendiz, pagar la luz y el teléfono, también está en ese tres (pero de todos los conejos, las ovejas, los pollos juntos).

Ah, ya.

Aunque de todos modos era bonito ver aquellos enormes fajos de billetes.

Y mucho antes de eso, en el descanso entre el final de la jornada de trabajo y la cena, poner *Speedy Gonzales* en versión de Peppino di Capri y hacer un poco de gimnasia twist (again) con su hijo, entonces pequeño, en su cuartito.

Y muchos años antes de eso trabajar e ir a los entrenamientos, trabajar e ir a los entrenamientos, trabajar hasta la extenuación y después ir a los entrenamientos y agotarse pero disfrutando cada contacto entre el cuero de la bota y el del balón (y entre este y el cuero cabelludo, que a veces se lastimaba tras cabecear el esférico justo en el lugar donde asomaba la válvula de inflado) y unos años después casarse.

Y todavía mucho antes de eso saltar las verjas del estadio para ir a ver el partido, recibir un porrazo del policía.

Y todavía mucho antes de eso zambullirse con sus hermanos y sus amigos en la cascada cerca de casa, cerca de la fábrica.

Y anteriormente no existir todavía (solo estaban el primogénito y el segundogénito, él sería el tercero), estar en el frío sin los tiempos del antes de eso.

13

—Pero ¿dónde estaba yo antes de nacer?
—En el mundo de la Luna.

14

La sangre de él se mezcló con la sangre fría del animal al hundirse la hoja en el dedo.

En una época en la que yo todavía estaba en el mundo de la Luna, enfermó de eso que en el tiempo de descuento identificaron después como «fiebre de Malta». La puñetera bacteria *Brucella* pasa al hombre por contacto con el animal, a veces hasta por inhalación, y causa sus daños por ahí, por ejemplo, en los ganglios linfáticos.

Obtenido el diagnóstico, por lo que él y su mujer seguirán siendo devotos del médico que logró dar en el blanco —mientras otros los mandaban a la alta montaña a respirar bien, es decir, a morirse de frío en un cuartito de Fenestrelle cerca de la fortaleza que se ve desde el cielo, con una estufita tan puñetera como la bacteria—, el problema maltés quedó resuelto.

Ahora él parece contemplar no tanto su propia vida sino sus tiempos, como para resignarse. ¿Todo el tiempo dedicado al trabajo? Está bien. ¿Algún descanso? Está bien. ¿Meter en el descanso otros compromisos? No está tan bien.

Recuerda los meses de la fiebre de Malta.

Hace muchos años.

Imagínate.

Querido animal que a mis manos llegas ya muerto, te diseccionо, te transformo en alimento para otros humanos como yo. Estando a este lado del proceso de cocción, de modo que todavía en lo atávico, junto a ti. A estos humanos no les importa nada cómo eres, cómo fuiste o has sido, cómo te movías, cómo te mezclabas con tus iguales en el rebaño, en las conejeras, en los criaderos nazis de pollos. Cuando a ellos les importe algo de esto será por motivos que no me corresponde discutir. Otros como yo (a mí rara vez me ha pasado) agarran al animal vivo y lo matan. Sigue lo demás y de eso estamos hablando aquí. Llegas ya muerto pero no llega un cuerpo muerto, ni siquiera si

está congelado, llega un cuerpo lleno de vida que finalmente bulle sin dueños ni gendarmes que actúan en el vértice de la pirámide. Vida de bacterias al fin liberadas, como esclavos tras la caída del imperio. De virus, que ni siquiera las bacterias consideran vivos, escoria de la escoria. Todo este clangor llega cargado a hombros o en cajas, en bidones, a mi establecimiento comercial, donde yo, fingiendo que ya eres un cadáver aséptico y sin vida, junto con tus fragmentos que sacrifiqué y laceré, disemino todo este frenesí de vitalidad que ha despertado en tus tejidos en el alba de la anarquía. Cuezan, clientes, cuezan, por favor.

Cuando, por una distracción o por una de las formas de la arrogancia, el vendedor al detalle, en vez de usar el majadero para aplastar la carne en el tubo de la picadora de acero donde pasa la espiral que no empieza y no acaba sino que convierte en pasta los tejidos, empuja ese trozo de ternera que no puede reconducirse a su origen ni siquiera en la imaginación, aunque quede un fragmento de tejido, no una pasta sin estructura, cuando por esa distracción la espiral de acero aferra la mínima falangeta del hombre, entonces de aquel mostrador de allá abajo se oye elevarse el grito, el estrépito. La fuerza de la espiral, que funciona ciega, eléctricamente, con una estulticia que no repara en huesos ni en nada, y tritura, tritura todo, y por un disco con agujeros fijado con una abrazadera dispara gusanos de pasta como una batería ametralladora de tubos de dentífrico, si te intercepta la falangeta, no tienes salvación: enseguida llega a la falangina, a la falange, a los huesos metacarpianos, a los carpianos, a la muñeca. Alguien apagará la máquina y te separará del *maelström* de la picadora de carne.

Cuando eso ocurre, el vendedor al detalle sabe con certeza que, si existe una frontera entre los animales y los hombres, él está del lado de las bestias. Aunque las mate. Aunque las descarne, las deshuese. Aunque las triture, las abra, las corte en lonchas. Las acuchille. Las rompa. Les dé caza.

Querida bestia que has llegado ya muerta a mis manos, hace mucho tiempo me pasaste a tu huésped, la puñetera bacteria.

Siento ahora que dentro de mí vive algo que antes no estaba. ¿Qué es? ¿Me lo has pasado de nuevo tú a través de mi dedo que se abrió en

tu presencia? ¿Aflora de lo más profundo de mí, pero siempre evocado por ti?

15

Y ese verano, en la playa, se compra un ciclomotor Ciao. Para ir de aquí para allá, puesto que está de vacaciones. Es más la idea que el hecho. Las vacaciones también están organizadas, tienen horarios. Playa, comida, playa, cena, paseo, dormir. Pero mientras está la novedad del Ciao. A veces lo utiliza, da una vuelta.

Fuera del cansancio, entendido en sentido físico, de levantarse temprano, de la preparación del puesto y, sobre todo, de la continua actividad motora de asestar cuchilladas y partir cuerpos de animales que la congelación ha convertido casi en mármol, el tiempo de las vacaciones deja que surja un cansancio de distinto tipo, de distinto origen. Como una espera. Que el Ciao dribla un poco.

Un día ocurre incluso que, mientras está tendido en la tumbona, mirando el mar junto con los suyos y otras familias con las que anualmente frecuenta de modo cadencioso el establecimiento de baños, mientras está ahí pensando en otra cosa, ve llegar a la playa a un grupo particularmente fuera de contexto: gitanos.

Uno de ellos repara en él y se detiene como transformado en piedra. Después se lo señala a los suyos. Y entonces todos se acercan a él, que está debajo de la sombrilla. Una escena no muy acorde con el ambiente social que los rodea, socorristas incluidos. Se mueven además de un modo extraño. Un grupo que parece un animal repleto de articulaciones, aunque sigue siendo un grupo que no se desboca.

Y llegan, la gente los mira, y después lo miran a él, objeto de atención del grupo. De su celebración.

Se alegran de haberlo visto, de haberse cruzado con él donde menos se lo esperaban. Gritan. «¡Zino!», repiten, «¡Zino!». Así pronuncian su nombre.

Son sus clientes gitanos. Jonko, Draga, Misho. Esos que llegan al terminar la semana, al terminar el horario de trabajo, para recoger restos de carne, trozos que acabarían en la basura, cortes destinados a

estropearse, a pudrirse en algún vertedero. Compran todo en bloque, cuanto más, mejor. El precio es simbólico, obviamente. Ellos están contentos: gastan poco y consiguen kilos de sustancia que esa misma noche ponen a hervir sin pausa en sus ollas enormes. Durante el hervor también tendrán la palabra las colonias de bacterias y mohos que entretanto brotan entre las carnes. Una buena olla de la que pescar, en efecto. Todo en perenne cocción.

Le están agradecidos, llegan a la playa para agasajarlo: «¡Zino!».

Entre ellos estaría también la Reina, son romaníes. ¿Planica? ¿Jagoda? Él la mira, con cara de quien piensa, «A ver, Reina, venga ya».

¿Estarán también de vacaciones en la playa? ¿Y vacaciones de qué? ¿Estarán volviendo de sus reuniones en Saintes-Maries-de-la-Mer? ¿Después de haber llevado en procesión a Sara la Negra? ¿Llevarán más de un mes viajando por todos los litorales con los que se van encontrando por ahí? Parecen felices, porque habrán acordado bodas, visitado a amigos después de mucho tiempo, y Jonko que abrazó a Sonakai, a punto de acuchillar a Zindelo por cómo le habló a Louladja, pero no a Lyuba, como habían quedado que haría. Después el cuchillo desapareció, Gojo, Shuko y Sefkja los separaron, después todos mezclándose en el caos, las tres Marías los examinaban a lo lejos, las uñadas gitanas en las cuerdas de las guitarras, uñas como picos de tucán.

Nómadas como siempre, ¿están recorriendo las playas de arriba abajo?

Sea como fuere, la escena es de celebración y agradecimiento. Con algo de calderilla cuya procedencia preferimos desconocer, en su puesto compraron proteínas para comer todo el año. Gratitud. A la Reina se la puede identificar de alguna manera y, como nos hablan de una Reina, es posible suponer que las otras personas también tienen una posición social definida, pero a saber cuál será. Lo miran, intercambian un gesto de asentimiento entre ellos y con él. La historia de la Reina es una broma, ellos saben que él sabe y él se da cuenta de que ellos saben. Se hacen guiños. Aparente burla mutua compuesta de afecto y alianza en una oleada de desobediencia que nace de los antepasados de todos y de la infancia de cada uno. Está el hombretón,

el que pasa y carga a hombros sacos de sobras cuando el mercado cierra, Sabaa. Están unos chicos que no se sabe dónde miran, pero bien integrados en el grupo, incluso en su distracción. Niños fajados y transportados a la espalda, apoyados en las caderas. Niñas estrábicas, personas con una dentadura hecha a ojo. Con vestidos largos, los mismos de otras estaciones, probablemente esos también —los vestidos— puestos a hervir de vez en cuando y tendidos luego en los alambres entre una caravana y un palo en sus campamentos.

Homenajean a Zino.

Lo saludan.

Él los mira, se los sabe. No los conoce a todos, porque al mercado acude una delegación selecta, los demás estarán dando vueltas por la ciudad ganándose el pan a su manera.

Y este grupo de caravasar compuesto por personas pertenecientes al pueblo del misterio se balancea frente a él, se columpia montando un buen jaleo pero manteniendo una distancia fijada por protocolos de comportamiento estipulados a saber dónde y a saber cuándo —nunca por escrito, obviamente— ante los ojos de la peluquera y de su marido con el descapotable, del contable que se broncea a la perfección con su brevísimo slip, del dueño del concesionario que estaba leyendo las cotizaciones de la Bolsa en el diario, de las señoras del pelo cardado que todos los años intercambian los mismos cotilleos, con algún muerto más en la familia, ay, estaba fatal el pobre, en las tumbonas de la primera fila, debajo de las sombrillas hechas con gajos de tela de dos colores.

Así en sus vacaciones, en su oasis de extraño cansancio, la parte menos propia de la normalidad de vivir, esa que surge tras el crepúsculo y que barre con los desechos del mercado para comérselos después, esa que mendiga y que tendrá villas con verjas de oro, aparece de repente entre miradas impregnadas de juicios para montarle una especie de fiesta, a él. Un reconocimiento de su trabajo.

«¡Zino!»

Transportado por la escena a unas semanas antes, él percibe la diferencia entre la fatiga producida por el trabajo y esta nueva, producida por vete a saber qué.

16

El cansancio a veces tiene como efecto no la ralentización del pensamiento o de los latidos del corazón, sino lo contrario, su aceleración.

Hay un edificio que ocupa por sí solo una manzana entera, saliendo de la ciudad en dirección a las montañas se encuentra a la izquierda, mientras que a la derecha una industria aeroespacial coloca sus naves en una zona que incluso sirve de transición entre la ciudad y el descampado, porque ni siquiera llega a campo. Tan libre que se permite, además, ser un aeródromo en su extensión sin arrugas. Por ahora este edificio sigue ahí, insiste sobre sus propios basamentos, sobre los cimientos. La pared orientada hacia la ciudad dispone de portillas que las barandillas sierran horizontalmente en dos: un tipo de balcones que no están a la orden del día, una ocurrencia del constructor, una genialidad del proyecto. Por ahora el edificio sigue ahí.

Pensamiento que aceleras, ¿qué piensas? ¿Para qué piensas si después olvidas precisamente porque has ido demasiado deprisa? ¿Cómo haces para tener la prefiguración de ese edificio, que nunca has visto, que lógicamente no podrías pensar ni recordar porque nunca lo has visto?

Al terminar los veranos él regresa a la ciudad a trabajar. Retomar la actividad da mucho placer. En retrospectiva convierte el periodo de vacaciones en una molestia, porque el verdadero descanso no consiste en estar, sino en meterse en el flujo que contribuyes a establecer.

Pero cada regreso tiene menos brillo. Volver a poner todo en marcha va bien, ni siquiera ocupa tanto tiempo. Pero es como coger una brazada de tejidos y retales de un barreño, levantarlos, ponerlos a secar. Los trapos y retales aumentan cada vez, el agua que los empapa está cada vez más fría, tiene más peso, más volumen.

Incluso las revisiones médicas, que se han convertido en un hábito y tenderían a instalarse en una repetición, esas también tienen cada vez

mayor peso.

«No queda claro qué está pasando», dicen al unísono el médico de cabecera y el hematólogo.

Una noche, mientras ve un partido de fútbol en la televisión, se pasa la mano por la garganta, como para aflojar la tirilla de un cuello almidonado dotado además de corbata, porque ahí, en el partido, con un agarre de cuello el atacante acaba de encorbatar al defensor y tenderlo en el suelo, fuera del área para evitar la frialdad del penalti, pero el hecho es que el otro sigue en el suelo con cierta dificultad para respirar. Él se pasa la mano por la garganta, cuestión de empatía, aunque no lo haya derribado un atacante, sino, en todo caso, un defensor. Pero lo hace por solidaridad con el lesionado. Esos cuellos de camisa apretados en el último botón, que el almidón fija en una forma a la que nuestra garganta debe adecuarse. Cuellos con un primer botón justo a la altura de la nuez de Adán, y con una corbata que se hace su propio nudo (en los años anteriores y de formación la moda impuso los nudos fijamente apretados y por ello de dimensiones reducidas, ya fuese el presidente Kennedy en Berlín o el tendero en la misa del domingo) apretando ulteriormente el cuello, empujando hacia la garganta ese sistema de ojal y botoncito que está en lo alto, al comienzo de la camisa.

Se pasa la mano por la garganta, en casa, por la noche, nada lo ciñe, quizás con el calor él lleve incluso una camiseta de tirantes que, desde luego, no es una boa constrictora.

Y entonces nota algo que no estaba. Una montañita mínima desvía un dedo de la mano que pasa por la garganta, una «glandulita», como se decía entonces.

¿Qué será?

17

En el reparto de la vida cotidiana, así como el mostrador del mercado es su reino, la casa no lo es. Por lo tanto, cuando se da este momento tras una serie de circunstancias que nunca se han dado y que no ocurrirán nunca más, este momento en que él está solo en casa durante un lapso de tiempo, se va al cuarto donde por la noche prepara las cuentas de la recaudación y abre las hojas de la puertaventana de carpintería metálica, como todas las del apartamento, y coloca una silla entre ellas para impedir que se cierren, va a la habitación de su hijo y hace lo mismo, va a su dormitorio, donde antiguamente, tendido en su lado con su hijo cerca, se encendía un Nazionale en la oscuridad y con el humo trazaba en el aire (en el espacio) arabescos y garabatos con la incandescencia del tabaco en combustión y así guiaba la imaginación de ambos —la guiaba él— para que siguiera florituras sin sentido pero con significado de libertad, va, pues, a su dormitorio y hace lo mismo, va al comedor y hace lo mismo, en la zona de cocina (como se llamaría después) hace lo mismo (pero aquí no es una puertaventana, sino una ventana nada más, por lo que fija las hojas con unos topes en su base). Se planta luego en medio del apartamento, en el recibidor. Ah, después se acuerda de otra estancia exterior y abre la puerta, que tiene un panel de espejo con dibujos chinescos sin un porqué, a través de la cual, pasando por el breve pasillo donde están colocadas sus armas, se accede a la psicoterraza del aparejador a quien culpar del proyecto y la planimetría, y allí también lo abre todo. Regresa al centro del recibidor. Meteo acaba de descubrir estos pasajes nunca vistos (¡no hagas corrientes!, ¡no te quedes entre corrientes!, ¡cierra esa ventana que hay corriente!) y, al principio, vacilante y luego cada vez más decidido, sopla sus vientos en el interior del apartamento, los hace salir del apartamento, los revuelve por el apartamento, que es cada vez menos «apartado» y cada vez más sansebastián ante las flechas de

Eolo. ¡Qué remolineo, qué ventilación, qué aire tan respirable! Las notitas salen volando de sus sitios, las cortinas no se cortan y se despliegan, los ratones de polvo por fin chillan y, como en inglés no son ratones sino conejos, saltan como liebres de marzo, los ceniceros se vacían, las cenizas vuelan por fin al cielo, los manteles esperan su Alí Babá para convertirse en alfombras voladoras, los tickets y las bolsitas de la compra se elevan y salen volando, sustituidos por hojas de tilo que llegan de fuera. Abre la ventana del baño atraído por el gañido de las toallas que también quieren participar en el aquelarre, así como la lengua que cuelga del rollo de papel higiénico. Por último abre la puerta de entrada, para que el viento, que a estas alturas parece desencadenarse del interior del apartamento, baje a las plantas de abajo y suba a las de arriba, insuflándose gallardamente para revitalizar el ojo de la escalera que, al llenarse de aire y de sonidos, parece abrirse para ver al fin.

Después vuelve a dejar todo en su sitio.

Cada casa lleva incrustado el olor de quien la habita. Esta, todavía por unos minutos, no.

18

Se palpa. El cuello por detrás. Nuca arriba. Pasa los dedos, desde la unión del lóbulo de la oreja hacia la nuez de Adán. Nota al tacto algunos bultos, ¿o se los imagina? Por eso lo comprueba en los días siguientes. No parecen objetos de la imaginación.

Los años setenta terminarán al cabo de un puñado de órbitas alrededor del sol.

Esos informes médicos siempre a punto de ser interpretados. ¿Quién los interpreta? El hematólogo se encuentra en la misma situación que el médico de cabecera. Hace falta otro especialista. El endocrinólogo.

Este mira, lee, duda, dice. Dice que hacen falta más análisis.

Él se los hace. Informes ambiguos. Hay que recurrir al bisturí, extirpar un ganglio linfático, analizarlo, verlo bien, entender.

Se toma una muestra de tejido. Se extirpa el ganglio linfático detrás del cuello, debajo de la nuca. Queda una cicatriz de menos de diez centímetros, no precisamente fruto de un gesto hecho con precisión. Se la palpa con los dedos. Él jamás, ni siquiera cuando era aprendiz, hizo un tajo tan falto de elegancia a ninguno de los animales a los que convirtió en cortes para su venta al público. La cicatriz duele, pero menos que su dedo apenas unos años antes.

Para recibir el informe debe pasar un tiempo.

En la gestión del trabajo, que él construye cotidianamente en su mente para después aplicarla a lo concreto, como Tesla, que imaginaba en su cabeza las turbinas hasta el último detalle y después no tenía más que construirlas, el momento del cierre empieza a ocupar espacio. Lo restará al dedicado al inicio de la jornada. Cuando aparcaba tenía claros todos los momentos de la apertura de su puesto, su secuencia, qué sacar de la cámara frigorífica: primero, los cortes que colocar en el centro del escaparate; segundo, los que disponer hacia el final a la derecha de quien mira (y compra); tercero, los que colocar hacia el final a la derecha de quien sabe (y vende). Y después

de estos, qué otros. Ahora, con el pensamiento, se dedica más a cómo retirar la mercadería para el cierre, dónde colocarla en la cámara frigorífica de manera que a la mañana siguiente sea más fácil sacarla de ese espacio frío. A cómo limpiar mejor los cristales de modo que brillen incluso en la oscuridad de la noche, cuando nadie los ve, como para mantener un fulgor de cristal, incluso solo un resplandor, que lo reciba con sentimiento de limpieza a la mañana siguiente cuando él llegue. Y poco a poco todas las horas del trabajo empiezan a inclinarse sobre el plano que lleva hacia el cierre del puesto. Imagina el lugar donde por la noche colocará las asaduras, si sobran cuatro en vez de cinco. Es distinto. Lo imagina en el momento mismo en que adivina que ese cliente que se acerca al escaparate con cara de quien no sabe qué comprar elegirá necesariamente una asadura, lo comprende por cómo se mueve, sin necesidad de mirarlo a la cara. La asadura, una diadema que viene de la noche de los tiempos con todos sus dijes que de órganos se convierten en símbolos, es elegida por el cliente con un gesto, y él se la ofrece. Colores y consistencias distintos, pero en armonía, del corazón, los pulmones, el hígado, todo aquello que sale del escaparate junto con la tráquea, levantada con un dedo formando gancho metido en un agujero que esta tiene no por naturaleza, sino tras la matanza; una diadema perfecta, rica y sin tiempo, que manifiesta furiosamente su nobleza.

Quedan cuatro. La hora de cierre no llegará de inmediato. Pero en su mente ha visto que para entonces las asaduras serán cuatro y no más de cinco, por hoy nadie pedirá otra. Por eso allí, en la cámara frigorífica, abajo a la derecha, se guardan en último lugar de modo que mañana puedan salir las primeras y ponerlas donde están ahora.

Esta es una de las maneras en que él incrementa la percepción, la imaginación del tiempo de cierre.

19

La interpretación de los resultados de la biopsia es una operación que podría conducir a conclusiones opuestas entre sí, pero en cualquier caso se inclina hacia algo que es muy de temer. Surge el nombre de un lumbrera que sabe latín, en este campo con toda la pinta de no tener a su alrededor vallas que lo definan con claridad.

De modo que se pide cita. Se recoge el informe que, entretanto, se ha convertido en una carpeta de cierto grosor, el libro del enigma.

Con su mujer sentada en el asiento del acompañante salen en el coche para ir al médico que deberá verlo más claro que nadie.

Una red de calles, después enfila la avenida sin fin que, al cabo de un rato, tras cambiar de nombre, convertirse en autopista, atravesar las montañas, entrar en otra nación, bordear otras ciudades y campos de colza, llevará a la Ciudad de las Luces.

La avenida, antes de serpentear, se mantiene rectilínea durante muchos kilómetros.

Poco antes de entrar en el ayuntamiento limítrofe se llega al destino. Él aparca. Un pensamiento le nace en el centro, o quizás llega desde todas partes y converge condensándose hacia el centro de su cuerpo, convirtiéndose entonces en un alfiler. Porque él ve este edificio con sus portillas, antes nunca lo había visto, pero lo reconoce. La precisión del reconocimiento es el centro de este pensamiento suyo.

Entran en el edificio. Ascensor. Puerta. Lumbrera. Lumbrera con escritorio, «Siéntense».

Minutos transcurridos leyendo el libro del enigma. Lanzándole vistazos a él, a ella, a los dos. Después prosigue la lectura.

Al final el médico cierra la carpeta, se quita las gafas, se apoya en el respaldo, las manos sobre el escritorio.

Dice: «Seré franco, aquí hay algo que no va nada bien». Añade: «Pero para entender de qué se trata debo reconocer que es necesario

hacer una consulta. La organizo rápidamente, cuestión de días. En cuanto esté hecha, los llamaré por teléfono».

Regresan a casa. Las portillas se alejan en los retrovisores, permanecen en la mente: como ojos que, en su indiferencia y en la fealdad de las barandillas párpado, miran sin ver, sin saber, hacia el este.

Del aeródromo ha despegado un avión de turismo, con su morro de hélice.

20

Pero ¿qué es la espera, esta condición que siempre está ahí debajo de las baldosas y después, en un momento dado, emerge de golpe? ¿Él no estaba siempre a la espera? ¿No has estado siempre a la espera de algo, tú como todos? Sin embargo, ahora en vez de ser una condición sin contenido, la espera está a punto de revelarse incubando en su barriga una pesadilla con unas dimensiones que hasta hace poco no se podían imaginar concretamente. Tú ahora te dedicas siempre a tus cosas, en la vida hecha de cosas te dedicas a tus cosas. Las cosas son la carne, tu trabajo, la carne con la que haces tu trabajo, abres y cierras y vuelves a abrir, tu trabajo de carne, hasta el sábado que grita, al domingo que es un misterio, al lunes que no se sabe. Las cosas son el tiempo de abrir y concluir para abrir otro tiempo. Otras cosas. Desde muy lejos llega el sonido de esta espera, desde muy cerca, de las paredes del universo como el eco de un grito mudo que le has lanzado, que ha recorrido kilómetros y miles de millones de kilómetros antes de rebotar y volver a ti. El sonido llega desde muy muy cerca, de tu mismo centro, más cerca imposible.

No es que pienses esta espera, ni siquiera sé si la vives o la padeces o la habitas: tal vez —solo tal vez (¡no sé nada, nada de nada!, espantosamente nada)— simplemente eres esa espera.

21

Cuando veía que estaba a punto de salir el disparo al centro, la postura de su compañero le permitía deducir la trayectoria de la pelota y por eso no solo se equilibraba para chutarla al vuelo sino que, además, identificaba contextualmente el punto cerca del palo al que el portero no llegaría y hacia allí la lanzaba (gol); ahora advierte a su alrededor movimientos que no consigue visualizar y sin embargo por instinto y costumbre busca una posición para golpear lo que llegará, pero no la encuentra. No hay portero, no hay palo, en vez de la hierba, una superficie que, como la del pan metido en el horno, se hincha, se seca y se resquebraja.

No encuentra la posición cuando se acuesta, en la cama que parece haber modificado la hospitalidad, no la encuentra al conducir, con los tranvías que le pasan demasiado cerca, la encuentra en cierto modo trabajando, la encuentra en el sofá delante del televisor.

Queda para el asombro una palabra que él dice en cuanto Antognoni se dispone a lanzar el balón hacia Bettega. Dice: «Gol». Después la pelota llega a Bettega, cuya familia vivía en el mismo edificio donde vivía él con sus padres, sus hermanos y su hermana, Bettega la gira en el aire hacia Rossi y dispara, Rossi cierra el triángulo con un solo toque y se la vuelve a pasar a Bettega, superada la defensa argentina, Bettega remata de primeras hacia el palo más alejado y, eso mismo, gol.

22

Linfosarcoma prolinfocítico. Significa tumor, significa cáncer. No significa nada, pero su sentido es una dirección, una cosa con un nombre complejo que tener en cuenta.

Han pasado los días de la espera, y esta es la pesadilla que por fin se ha declarado. ¿Cómo comportarse ante la fría presencia de sus dimensiones?

Hoy no se llamaría así, pero ahora este es el título de la tempestad subterránea que ha oprimido cada vez más, se ha hecho notar por todo lo exterior y al final se ha desahogado en una frase, un veredicto.

«Oma» es el centro del asunto, un mero sufijo.

Él mira ese sufijo a los ojos y trata de entender.

¿A su alrededor, dentro de él, quién sabe?, la tempestad enloquece.

Él solo puede buscar en el único libro, que es una serie de libros encuadernados, la enciclopedia construida durante años para mí, construida como para tantos como yo, pero para mí construida en casa por el padre de mi madre, de profesión tipógrafo e impresor, que encuadernó en volúmenes los fascículos comprados de uno en uno. Puede buscar allí el significado.

En cierta medida lo encuentra, es decir, cáncer, es inútil parafrasear.

Yo lo compruebo a escondidas, es decir, por mi cuenta, en la enciclopedia.

Cáncer.

Hoy todos sabemos que, en caso de diagnóstico, de cualquier diagnóstico, se debe evitar a toda costa hacerse una idea buscando en internet las palabras del diagnóstico. Lo sabía muy bien Jerome Klapka Jerome en 1889, cuando inmortalizó al hipocondriaco que tras leer una enciclopedia médica creyó tener los síntomas de todas las enfermedades allí descritas, menos una. Leí *Tres hombres en una barca* en mi cuarto, simétrico al de ellos, al otro lado del recibidor, y me reí solo, con carcajadas sonoras, incontenibles, repetidas veces: era

la primera vez que me ocurría y, durante mucho tiempo, sería la única. Fue una tarde, estaba solo en casa. Por un instante, oírme reír con un libro en la mano, reír fuerte, por la sorpresa y la novedad, me hizo sospechar que no estaba bien de la cabeza. Después comprendí que yo no estaba loco, o al menos no por ese motivo, sino que se debía a que el escritor era un genio.

Ahora lo veo a él en su cuarto, de espaldas, sentado en uno de los lados de la cama con el volumen de la enciclopedia en la mano, guarda silencio, lee. El dormitorio entero guarda silencio, la casa entera, el edificio, el barrio, la ciudad, todo es silencio. Lo veo desde la puerta de su dormitorio, no paso del umbral mientras él lee. El silencio inmoviliza. Está visualizando ese pase centrado, pero no se lo ha lanzado un compañero de equipo, sino un adversario. No estamos atacando, sino defendiendo. No es un balón, no tiene forma alguna. Lo visualiza. Pero está parado, está sentado. Juega en un área sin límites, solo están él y eso que lee. No hay hierba, hay pantano y costras, no se va a ninguna parte. En la paradoja universal de un área que si bien es infinita se está ensanchando, se está desbordando en silencio. El silencio congela.

Después encuentro la fuerza, tras haberle dado a entender que sé que ha leído esa enciclopedia, y que sé lo que ha leído porque yo también lo he leído, para decirle que la enciclopedia que él me regaló de fascículo en fascículo cuando yo era niño y que su suegro encuadernó para mí en volúmenes y que durante años en la soledad fue mi compañera psicopompa, que me llevaba a otros reinos con sus entradas y sus imágenes, sobre todo con estas últimas, que no podía imaginar en privado, los cuadros de Giorgio de Chirico, de Sironi, las fotos de animales que la naturaleza inventó en su regazo sin principio y sin fin, las fotos de lugares lejanos, montañas, mares, ciudades, planetas, para decirle que hacía años que esa enciclopedia estaba obsoleta y que desde entonces la ciencia, sobre todo la ciencia médica, había evolucionado en su misma estructura, en sus resultados en constante progreso, y que si *Las musas inquietantes* se quedaron como estaban en la imagen, el sarcoma no, seguramente en todos estos años lo habían redefinido, domesticado, y sobre todo su curación, a saber cuál es ahora, inimaginable en la época en que se escribieron las

entradas, por una vez el tiempo es amigo, no hay que dar demasiado crédito a noticias que ya no sirven, que por fuerza la investigación ha superado y, por lo tanto, invalidado. Eso le digo. Pero él no es hipocondriaco y yo no soy Jerome.

Es la única vez que hablamos directamente de ello.

Ahora, entre mi dormitorio de los hombres en una barca y su dormitorio de la enciclopedia, se ha establecido una distancia que no se puede calcular.

23

En casa de una amiga de mi madre. Ella y yo vamos a visitarla. La amiga nos presenta a un pariente suyo. La delgadez, el agotamiento, una punta de elegancia: está sentado en una silla, parece una silla de ruedas, pero a lo mejor no lo es. Con ese hombre encima, lo es. La reunión sirve para que, con esa voz como de corriente de aire, mezcla de dulzura y rendición, nos diga lo avanzados que están en el Instituto Gustave Roussy de Villejuif, cerca de París. ¿Quién es ese hombre? ¿Qué quiere decirnos?

Quiere aconsejarnos que confiemos en ese instituto para tratar a mi padre: según su experiencia, dice que no hay nada mejor. La tecnología, la pericia de los médicos y de todo el personal, sientes que allí estás en un lugar de excelencia, un centro que divulga al mundo entero los protocolos de los tratamientos. Oncológicamente hablando, es lo más.

Nos sonríe. Infunde esperanza. Se está muriendo.

24

Él, a ese hombre con la sonrisa que tienen muchos curas que no creen en Dios ni como hipótesis ni por reducción al absurdo, no lo conoció. Nosotros le hablamos de él. Le resumimos lo esencial del encuentro.

Van en coche, él y su mujer, al edificio de las portillas. Destaca cada vez más en el tejido urbano. Por sus barandillas. El resto, a su alrededor, pierde importancia. La extensión de la fábrica aeroespacial, el aeródromo llano, la avenida que se aleja recta. Pierden consistencia. Las montañas lejanas se atenúan cada vez más y, en vez de surgir empujadas formidablemente por los movimientos de la corteza terrestre, se transparentan.

Dentro del edificio de las portillas, como un cangrejo ermitaño en la concha de otro que fue molusco, el médico no puede más que confirmar que Villejuif cuenta con los mejores. No es que nosotros no lo seamos, solo faltaría. Al fin y al cabo seguimos los mismos protocolos de tratamiento. Nosotros y muchos más. Es decir, todos los demás. No cabe duda de que es allí donde los ponen a punto. Allí es donde la investigación avanza a golpes de machete en la densidad de la selva y en sus nudos que, justamente, solo Gordias puede vencer. Ahí abren la senda. Los demás los seguimos. En caso de que hubiese un claro después de la maraña, ellos serán los primeros en alcanzarlo.

Sin sopesar realmente otras alternativas, es allí donde deciden ir.

Se les envía toda la documentación, los informes que titubeaban y el que ya no titubea. Se establecen contactos.

Escruto a mi padre mientras se mueve en silencio por la casa. ¿Se muestra indiferente? ¿A qué? ¿Al concepto mismo de tratamiento? ¿A este cambio logístico inminente? Ir a un lugar que no se conoce donde hablan una lengua que no se conoce y donde hacen cosas que no se conocen. Parece desinteresarse de ello. Hay un punto en que aquello que se asemeja a una distracción de infinidad de cosas es en cambio la

máxima concentración en una sola cosa. Escruto y tengo la sensación de intuir eso.

25

Escrutando paso delante del umbral del dormitorio de mis padres y me detengo. Los dos están sentados en el borde de la cama, en el sitio de él, el que da a la puerta ventana. Uno junto al otro, como en el cine. Veo de pasada sus nucas, porque ellos miran en dirección al suelo. Veo sus espaldas. Este es un instante que tiene una duración. Me alejo sin hacer ruido. Una mezcla con un potencial que ni siquiera puede imaginarse, compuesta de rabia, de impotencia y de algo sin nombre se apodera de mis células. Ya no aprendo nada, olvido lo poco que sé.

26

Se establece contacto con el Instituto Gustave Roussy.

Se pide cita. El primer viaje es en tren. Ellos parten para reunirse con los médicos de allá.

Se alojan en un hotel. Van al instituto. Entre esos médicos, el que lo atenderá no tiene apellido francés ni europeo en sentido amplio, tal vez, a toro pasado, parece de origen pakistaní, lo importante es que chapurrea algo de italiano.

El lugar se asemeja más bien a una película de ciencia ficción de serie B que a un auténtico lugar. Se aplica la primera medida terapéutica, se llama vincristina. La vincristina entra en el cuerpo. Luego, al cabo de un par de días, vuelven a casa. Cuentan.

La administración de la vincristina parece un detalle colocado en los márgenes de la descripción del viaje, del instituto, de la estancia. Las estancias futuras, en especial, son objeto de conversación, porque habrá que viajar a Villejuif a menudo y quedarse durante periodos no demasiado cortos. A él lo ingresarán en el centro, ¿y ella? Y así surge una familia de origen italiano que alquila habitaciones a los parientes de enfermos hospitalizados. Se llegó a un acuerdo, ellos hablan un italiano residual. En casa de esta familia es donde se alojará ella mientras él esté ingresado en su habitación del instituto, y donde nos alojaremos nosotros cuando yo vaya con ellos a Villejuif. Ella irá todas las veces, yo, algunas.

La casa de la familia está abajo, en el pueblo. Un autobús lleva a la colina donde se encuentra el instituto.

Las primeras salas del instituto, el vestíbulo y los pasillos que de él parten son escandalosamente coloridos. Cuando nos adentramos, llegando de abajo, del pueblo pintado de un solo tono carente de todo color, se percibe algo cargado de una densidad alarmante, una mezcla de huerto cerrado, apartado del mundo, y de alegre voluntad creyente en el futuro —afortunadamente para muchos es una fe bien recóndita

— como si todos fuésemos niños a los que tranquilizar con juguetes y farsas. Los niños, ah, ahí están. Transitan por los pasillos, lampiños, marcianos. También caminan los adultos, lampiños, pero no marcianos. Las siluetitas de las chicas, de los niños, de las niñas y de los chicos y de aquellos y aquellas algo mayores fomentan un suplicio y una desesperación que excavan en el fondo de las paredes que berrean y del mobiliario que acoge con sonrisas complicadas por la ambigüedad, excavan un abismo imposible de sanar en cuantos los ven, ya se trate de parientes, de las visitas de otros enfermos, de pacientes con años de tratamiento encima, adultos ya. Tal vez los únicos inmunizados por la fuerza despiadada de la costumbre que el trabajo exige para poder hacerlo son los mensajeros y los carteros.

Sobre el optimismo que aúllan los enlucidos de las paredes y la luz que inunda los pasillos de la planta baja desciende un grito que, sin embargo, no se oye, comprimido en unas profundidades tales que, si se tuviera la valentía de penetrarlas hasta el final, nos llevarían al centro del planeta y a remontarlo después al otro lado y a emerger en Oceanía para poder continuar brotando del mar en el cielo austral entre sus constelaciones nunca vistas, como las nuestras glaciales y sin fin. Decir esto, frente a las vidas que salva el instituto, es otra profunda injusticia, pero es la verdad.

Como deslizándose sobre un colchón de aire, en vez de hacerlo con los movimientos de quien camina normalmente, pasan estos cuerpos de juventud, de juventud que no vería más que vida que llega, que está llegando y llegará durante mucho tiempo y seguirá llegando, pero en realidad la ven a través de un velo que, con una mueca, afirma: «Tal vez».

Después folios, expedientes y firmas. Explicaciones sobre el tratamiento, sobre los protocolos. Acompañamiento a las salas donde se acaban las tonterías, no obstante, impregnadas siempre afablemente de colores, pero menos que en la recepción. Las habitaciones.

27

Yo era muy joven, todavía no cursaba el bachillerato. Comencé a notar picor a los lados del escroto. Con el paso de los días el enrojecimiento se hizo visible. Y siguió extendiéndose incluso hacia las ingles y los muslos. Me daba vergüenza, a saber por qué. Me puse talco, pero la cosa empeoró. Tuve que hablar del asunto en casa. Cita con el médico de cabecera. Este me revisó y después se puso muy serio: «¿Has estado con una de esas?». Pregunta incomprensible, respuesta mascullada. ¿Qué diablos quería decir «esas»?

Como ya me avergonzaba yo por mi cuenta, el diálogo continuó con mi vergüenza y la severidad moral del médico.

Sin cambiar de expresión me examinó un poco más. Después, como queriendo decir «por esta vez pasa» (¿pero pasa qué?), me prescribió una pomada. Dos días de aplicación del antimicótico y quedé como nuevo.

Aunque este hombre nunca dio muestras de cualidades positivas como intuición, ojo clínico ni simple benevolencia, cuando recibe una carta de Francia que comienza con un «*Cher collègue*» todos nos animamos un poco. Nos sentimos en cierto modo atendidos en casa. En la carta se le explica a nuestro médico el estado de las cosas y se le expone el plan terapéutico que, una vez organizado, puede prever sesiones que llevar a cabo aquí sin necesidad de viajar cada vez a Villejuif. Una cosa positiva.

Entretanto la vincristina empieza a hacer efecto.

28

Mientras la vincristina hace efecto, ellos viajan varias veces a Villejuif. Ella se instala en casa de la familia, él en una habitación del instituto.

Se toman unos días antes de que lo hospitalicen. Visitan París como pueden, sacan fotos.

Después, cuando regresan, las revelan.

Ahí están en la basílica del Sacré Cœur. Ahí está la cal de la piedra que se autolimpia cuando llueve, con un tono compuesto también de agotamiento, el agotamiento del trabajo, un trabajo hecho por la piedra, un trabajo en la inmovilidad, esperando la lluvia, deslomándose al sol. Vistas de la ciudad. ¿Quién ha sacado la foto? Ella mira a la cámara, dominada por el miedo. Él clava la mirada en un punto. ¡Ah, qué punto será, por Dios! ¿Cómo es posible que en cada una de sus imágenes, ya sea un recuerdo o una foto o un relato, él tenga ese punto en el que clavar la vista? ¿Qué mira? ¿Qué ve? Ya se ha avanzado una hipótesis, pero no aquí. Su concentración no deja nada fuera, lo deja todo fuera. Una concentración y una atención que desprenden algo sagrado y bestial, y lo hacen en silencio. ¿Quién ha sacado la foto? ¿Le han pasado la cámara y le han pedido que les hiciera una? ¿Dónde estará ahora esa persona, si es que todavía existe?

La ciudad es de las que tienen importancia mundial. El metro y después el autobús los llevan de vuelta a Villejuif. El alojamiento de ella con la familia es objeto de comentarios, es una novedad. En el relato, además, hay muchos chinos. Hay una moqueta que huele mal.

El autobús la lleva al instituto, están juntos, él en la habitación. Hay otros enfermos. Una italiana. Empiezan a hablar con ella, con su marido. Tiene un cáncer de esos que al oírlo nombrar por primera vez desvela que cualquier parte de nuestro cuerpo puede ser la diana del tumor: de lengua.

Otros viajes. Pero el trabajo de la vincristina prosigue por su cuenta, como el del tumor. Un trabajo en un cuerpo que es la obra, el ambiente. El cáncer tiene evidentemente un plan suicida, porque cuando vence, él también revienta. En eso parece comportarse como el género humano respecto al planeta que lo hospeda, junto con los demás animales que, sin embargo, no parecen tener el mismo plan. Pero nosotros, hechos a imagen y semejanza de Dios, a diferencia de la lombriz, la gallina y la hiena, queremos acabar con nosotros mismos y con nuestro entorno. Esto se manifiesta a diario con más claridad, se ha convertido en un hecho sobre el que no pueden caber dudas. Así pues, quizás la vincristina, en cuanto metáfora, lucha contra nuestra proliferación, nos impide que invadamos toda la Tierra para llevárnosla con nosotros a la nada. ¿Razona así la vincristina? Pero ¿la guerra que libra centra su atención y su cuidado en el campo de batalla donde se libra? Cuando con ánimo de hacer justicia bombardeamos las posiciones del enemigo, ¿nos preocupamos por el olmo, el moho y la cigarra que están ahí, ellos sí, tan tranquilos y a lo suyo?

No.

Él siente la guerra en su interior. ¿El enemigo de mi enemigo es amigo mío? Ojalá sea así. Desde siempre sospechamos que no.

La siente en distritos del cuerpo que jamás se le manifestaron salvo en su función: ahora reclaman ser vistos, duelen, algunos empiezan a gritar.

Cuando están en Villejuif, todo el trabajo en el puesto del mercado recae sobre los hombros de su aprendiz. Yo voy a echarle una mano, pero no sé hacer nada, es decir, sé hacer muy poco. No las cosas con enjundia, solo alguna de las que están en los márgenes. Como cortar un conejo a lo largo.

Voy a ayudar miserablemente a ese muchacho que se compromete hasta el límite y que no por casualidad se llama Salvatore.

29

El partido entre el sarcoma y la vincristina está en marcha. Queda claro que la vincristina no juega en casa, de hecho, llega de fuera, la suministran. No queda igual de claro si el sarcoma juega en casa, es más realista pensar que el desafío se dirime en campo neutral, mi padre. De dónde viene el sarcoma no puede saberse con certeza, desde luego. ¿Nació allí? ¿Viene de grutas sin oxígeno que se abrieron como abismos a raíz de alguna catástrofe en los albores del planeta? ¿De otro lugar?

Poco a poco él tiene que reducir el tiempo de trabajo, la fatiga del trabajo, tiene la otra por gestionar. Lo veo observar un mechón de pelo que le ha quedado en la mano al salir del baño. El mechón parece haber acabado accidentalmente en la trayectoria de su mirada que mira ese punto de siempre, o, mejor dicho, parece el visor del fusil alineado entre el ojo y la diana cuando se apunta para disparar. Delega en el aprendiz cada vez más partes de la actividad. A veces, cuando voy a echar una mano, está él. Me enseña que, además, y especialmente en los momentos de descanso, cuando los clientes van escaseando y desaparecen durante unos diez minutos, nunca hay que detenerse, es más, hay que dedicar ese tiempo a ordenar, limpiar los cristales, afilar los cuchillos con la chaira, cepillar el tajo de madera con cepillo de cerdas de acero, rasparlo hasta que la superficie vuelva a ser solo madera y no una masa de serrín, proteínas, grasas y esquirlas de hueso, pulir los mármoles del mostrador, humedecer el trapo debajo del chorrito de agua del grifo, estrujarlo, pasarlo para repasar las paredes, tirar la basura, barrer el suelo, colocar en su cajón, bien ordenados, los ganchos en forma de S, frotar con alcohol el teléfono de pared, de ese modo, en primer lugar, es trabajo ya hecho y, en segundo lugar, cuando vuelvan los clientes, se los recibirá ya en movimiento, sin el esfuerzo de volver a encender el motor, arrancar en primera, poner la segunda, la tercera y hala.

Pero sus horarios se hacen elásticos, partir los animales a lo largo: cada vez menos.

Los valores hematológicos se tambalean. Plaquetas, hemoglobina, glóbulos blancos, números descontrolados.

Se necesitan transfusiones de sangre. Cuando está en Villejuif y también cuando está aquí.

30

Una diferencia entre el agotamiento del trabajo y este de la guerra que se está librando dentro de él radica en que el primero llevaba a un sueño profundo del que despertaba descansado, mientras que este otro lo lleva gradualmente a limitar las horas de sueño. Jamás conoció el insomnio. A los sueños les daba incluso tiempo a desvanecerse antes de que despertara. En toda su vida solo habló de uno. Iba a casa de sus futuros suegros para ver a su futura esposa. El apartamento, pobre, con estufa, estaba en la última planta de un edificio con balconada y a él se llegaba desde la galería descubierta, como a los demás. Mientras iba subiendo las escaleras, en el sueño pensaba que para comer le ofrecerían una buena sopa, a él la sopa le daba asco, pero, para complacer a los padres de ella, a quienes les encantaba, desde la primera comida juntos la celebró con gratitud y se deshizo en elogios hacia esa cosa en la que la cuchara desaparecía para volver cargada de una papilla que no levantaba el ánimo ni siquiera provocando la masticación, actividad que, de alguna manera, despierta al depredador dispuesto a saltar desde el espolón de roca, o al acecho entre la maraña de ramas o coleando veloz en el abismo hacia el animal que va lento o que, al menos, como mínimo, despierta al herbívoro que pasta y rumía y que incluso tiene tres estómagos en funcionamiento: no había manera. La cucharada depositaría en su boca algo que no podía convertirse en bolo por el hecho de que ya era quimo. En fin, que en el sueño él subía los cuatro pisos de escaleras hasta la galería descubierta. Y entonces este empezaba a arquearse y a ondear, a empinarse y a oscilar, de modo que unas veces él se veía empujado hacia la pared y otras hacia la barandilla y le daban vértigos. Que aumentaban y se salían de los márgenes de su dominio cuando la barandilla se despegaba y se descolgaba hacia el patio, donde el cardador cardaba la lana de los colchones. Aun así él llegaba al pequeño apartamento y, ensalzando la cocina de su futura suegra,

se sentaba a la mesa con una servilleta al cuello y venga a tragar sopa despojada de forma que lanzaba ráfagas de calor y no se acababa nunca.

Solo este sueño.

Por lo demás, reestructuración profunda de las cargas de energía empleadas en la vigilia, en el trabajo. Anteriormente, en el trabajo y en el campo de entrenamiento y de juego.

Pero ahora la batalla en su cuerpo continúa también por la noche y el agotamiento provocado no se repara en la obra de la oscuridad. Es más, la mañana es una sustancia difícilmente desarmable, penetrar en su interior para entrar en la jornada es dar mazazos en el cemento.

Prosiguen los viajes a Villejuif, se instaura una costumbre paradójica frente a algo que, por su naturaleza, siempre es un imprevisto que llega cada vez como un meteorito. Pero, exactamente, todas las veces.

Las trasfusiones ayudan al campo de batalla a resistir la contienda.

Sin embargo, llega un momento en que la fatiga ha alcanzado tal volumen que hay que revisar la logística.

De manera que basta de trenes, pasos entre montañas, pueblecitos, campos y suburbios, toca avión.

Pesar con cuidado las horas de viaje de menos y la incomodidad de las del embarque y el desembarque de más. Gana la incomodidad.

Se convoca a los aliados de la vincristina, tal como ya lo es el contenido transfundido de esas bolsas de sangre. Un fármaco para dormir, con un nombre similar a un grupo étnico estudiado en el terreno por un antropólogo, pionero en los albores de la disciplina, entra en esa palestra que es él ahora.

Se trata, sin embargo, de aliados un tanto litigiosos. Sobre los leucocitos, por ejemplo, no se ponen de acuerdo. La leucopenia empeora.

31

Vuelan y aterrizan, llegan a Villejuif. Ella se instala abajo, en el pueblo, él, un poco más arriba, en una habitación del instituto. Le suministran los medicamentos, después comprueban los valores. Casi siempre transfusión. Después, nuevo control, los valores se recuperan a base de bolsas de sangre. Vuelan otra vez y regresan. Se reinstalan en esta cotidianidad, pero también la otra, en tierra extranjera, comenzó desde hace tiempo a manifestar una cotidianidad propia. Viven dos vidas, conectadas en lo esencial por la lucha dentro de él y por las prácticas transfusionales.

Él no ha dejado el trabajo, solo lo ha recalibrado forzosamente. No ha perdido el gusto por las ocurrencias con las que todos los comerciantes se hablan, alusiones, chistes, a veces agudezas, otras veces barbaridades, un tejido dialogante en perenne estado de mantenimiento, desde la mañana temprano, a lo largo del día, hasta el cierre. En las suyas, sin embargo, se insinúa algo que, en lo más hondo, descoloca a los demás, un ingrediente que cercena la posibilidad de la respuesta rápida, veloz, inmediata. Cuando sin venir a cuento proclama al del puesto de enfrente, histórico y empedernido seguidor del equipo de la ciudad, enemigo del suyo, que con toda la sangre ajena que lleva dentro ya no está seguro de seguir siendo hincha de la Juventus y de no haberse convertido, a fuerza de trasfusiones, en seguidor del Torino, las sonrisas se quedan inmóviles y las voces reducidas a cero, en instantes congelados.

El aprendiz aprende todo al vuelo, un tipo muy pero que muy despierto, de Calabria. Las cosas por aprender no son las técnicas del trabajo, sino las de planificación: a qué hora telefonear al matadero, cómo calcular para saber cuánta mercancía pedir, cuál va primero, cuál va después. Por qué indicios deducir o prever la evolución del comercio del día. Una reacción de la mente para garantizar que todas

las reacciones del cuerpo estén en sintonía con el trabajo. Aprende. Esponja. Bien.

El sueño comienza a ser realmente una experiencia que él nunca había tenido antes. Debe reprogramar los movimientos, el cuerpo comienza a dar respuestas personales a las órdenes impartidas por el centro. Es necesario que él produzca unos impulsos que tengan esto en cuenta. Debe estar infinitamente más atento a sí mismo, algunos gurúes llamarían a eso meditación. Conciencia. Presencia. (Si así lo desean, al salir dejen una donación en la cestita de la mesa, no acepto dinero, no quiero que me paguen). Bien, él la deja. Debe. Es imposible actuar de otro modo.

Da una calada al cigarrillo Nazionale, lo tiene prohibido. Fumar un Nazionale lo relaja, los medicamentos y las bolsas de sangre, no. Lógica incuestionable. Incluso el medicamento que le resuelve lo del sueño, ¿lo consigue realmente? Se fuma uno. Conciencia. Presencia.

Viajar es fatigoso. Aterrizar es fatigoso. Ir a Villejuif desde el aeropuerto, enorme fatiga que parece no terminar nunca. Después acaba. En la cama de su habitación. Ella en la otra, en casa de la familia que habla una mezcla de italianos regionales y francés de los márgenes, de vez en cuando resuena una consonante nasal conforme al espíritu del lugar.

Pasan muchos meses.

Raramente una mejoría: en la práctica eso significa que el empeoramiento del cuadro clínico va lento o, aún más raramente, que se ha detenido un instante.

De pronto le permiten no regresar al instituto durante un tiempo largo. El protocolo está muy rodado, las bolsas de sangre siempre listas. Sabiéndolo, él vuelve a encargarse de algo más de trabajo, aprovecha este descanso para masajear cuanto puede las contracturas y los espasmos que la época de trajín produjo directamente en la estructura de su ritmo. No queda tan claro si se trata de un regreso al trabajo o de unas vacaciones del instituto.

32

La vida, que no sabe hacer otra cosa, sigue. Lo que ocurre íntimamente en él, entendido como soma, comienza a manifestarse en el exterior. Una forma de caminar más circunspecta, una cautela en el gesto, una atención a cosas que los demás no ven.

33

El más largo paréntesis lejos de Villejuif le permite organizar el trabajo para que continúe como debe aunque él no esté allí en persona al timón. Es decir, efectúa un salto de nivel y llega a otro timón cuyo control permite que el anterior no esté en sus manos. Siempre y cuando responda a este nuevo puesto de mando suyo. Con una alusión automovilística, se inventa un sistema de servotimón donde el esfuerzo cibernético es menor y las respuestas, son más amplificadas. Hay que ser delicados: un viraje brusco, ahora, puede ocasionar trayectorias incontrolables en la retroacción. Pero todo va bien, la operación funciona, la reacción se mantiene sola, estamos más firmes que histéricos, la maquinaria se mueve como debe, linealmente. Pide al aprendiz que haga, en vez de hacerlo él. Sugiere, porque no es una relación de mero poder. Pero hay derrapes, cuestión de sensibilidad por ambas partes. De calibrado. Mejor dicho, una correspondencia de afinidades, en el control de causas y efectos, entre dos hombres.

Durante el paréntesis, dentro de él emboscadas, trampas, conquista de posiciones, estrategias secretas, sorpresivas rupturas de línea, laterales y no frontales, retiradas que preludian nuevos ataques, enemigos tomados prisioneros, campos de concentración, trincheras cavadas de noche, evasiones, traiciones, en fin, se dan batallas tradicionales.

En esta fase, lo que era el volumen de su vida se convierte en la superficie de un folio donde un sismógrafo dibuja evoluciones que ocurren en otra parte.

Los meses, los años de guerra dentro de él, están a la espera de una interpretación más sintética.

Como soltando cargas que producen ondas sísmicas para hacer dibujable un subsuelo que solo podemos deducir, las sustancias químicas que entran en él hacen lo que deben, el ambiente donde explotan reacciona y parte de esta reacción llegará a las sondas de

Villejuif revelando indirectamente de rebote una cara que no puede conocerse mirándola a los ojos.

He ahí el sentido de la pausa. He ahí el sentido de la carta (¿cuántas han llegado entretanto?) que comienza con el habitual «*Cher collègue*», sigue con una serie de propuestas y concluye en una lengua que no es ni la del remitente ni la del destinatario, y que dice qué debemos hacer todos en este preciso momento de la terapia: «*Wait and see*».

Los valores hematológicos del río se mantienen gracias a afluentes externos.

Mientras esperamos las cosas que después se verán, la vida sigue.

34

Él se sienta. Estamos en su habitación del instituto. Se ha levantado de la cama y se ha acomodado en el silloncito. El largo paréntesis en su país fue el preámbulo de una estancia más larga aquí, en Villejuif. Para ver, después de haber esperado, hacen falta más días de los que se precisan para la hospitalización habitual. Análisis, extracciones de sangre, biopsias.

Ellos han llegado unos días antes en avión. Yo he viajado en tren, estaré aquí una temporada, después regresaré y ellos se quedarán hasta que haga falta.

Me he sentado en el sofá, en el cuarto de la entrada, donde la moqueta, en efecto, huele. Mi madre está en su habitación. Conozco a un par de miembros de la familia que nos aloja.

En el instituto obligan a respetar rigurosamente los horarios de visita. Voy a verlo dejando que ella descanse, aunque no lo haga.

El día tiene muchas horas libres, las prohibidas a las visitas en el instituto. He dado paseos por Villejuif. He tomado el transporte público, y Porte d'Italie, y Place d'Italie, y luego el río, y luego l'Île de la Cité. La ciudad parece tener un solo color, aunque no es así. La ciudad es de las que solo se parecen a esas que no se parecen a ninguna otra. Su alma se escapa, aunque la persigan miles de artistas durante decenas de décadas, se escapa su corazón que palpita mucho en lo hondo y quizás no sea nada bueno, quizás esté más allá del bien y del mal.

Al entrar en ella desde Villejuif se pasa cerca de un lugar llamado Le Kremlin-Bicêtre, donde nunca he estado ni estaré y perdurará en la imaginación por la K, por la referencia rusa, por el circunflejo del segundo nombre, no intuitivo.

A diferencia de muchas otras ciudades que representan la esencia misma de lo que es una ciudad en este planeta, no tiene un espíritu del lugar, sino muchos que, con su torbellino y su abundancia, suplen la

falta de color que permanece en la memoria con independencia de los hechos.

Después, visita al instituto. Esos pasillos. Los marcianitos. Conocí al lumbrera del apellido extraeuropeo, un hombre de estatura notable, dimensiones algo mayores que las nuestras, tal vez debidas a su autoridad, una figura que se vería bien en la alfombra voladora, acabada de salir de las *Mil y una noches*. Después de haber esperado, dijo, ahora vamos a ver.

Voy otra vez a la gran ciudad, en transporte público, en las horas en las que no hay nada que hacer. Voy otra vez, ya tengo la sensación de ser un viajero de cercanías cuya propia costumbre le da falso sosiego. Visito el museo que imprime su sentido al sustantivo «museo». Vago por las salas y los pasillos, no entiendo nada, camino dentro de una esfera, no veo nada, al contrario, soy visto por las telas, que me siguen con la mirada.

Me encuentro con una coetánea de Milán. Intercambiamos unas palabras, continuamos la visita juntos. Es una muchacha que sabe muchas cosas de arte, intenta explicármelas. Solo entiendo que más allá de este no ver nada mío pululan universos de significados. No me echa en cara mi ignorancia, habla sin afectación, comunica hechos. El motivo por el que estoy aquí lo impregna todo, por ello la escucho como encerrado en un acuario y desde el acuario la veo moverse detrás del agua y del cristal. Se desplaza con tranquilidad por los pasillos, quizás ella no tiene una espina de culpabilidad que la lleva a creer que es observada (juzgada) por las miradas colgadas en la pared. Sabe muchas cosas, pero no porque sea experta en arte, solo porque viene de un ambiente donde circula la cultura, de esos que milagrosamente no están cargados de soberbia. Rareza. Tiene una figura que transmite comodidad, una cara que la inteligencia mueve agradablemente, una nariz que despierta interés porque se parece a la de Mazzinghi, el boxeador.

Al final de la visita le estoy agradecido, un oasis de paz en el enclave del espanto que para nosotros es Francia.

No intercambiamos nombres ni números de teléfono, nos despedimos. Los regresos de la ciudad a Villejuif van cargados de un

peso. Le Kremlin-Bicêtre discurre por la derecha. Las calles de Villejuif no tienen sonidos, solo el eco del tráfico en la arteria importante.

Cuando mi madre va a visitarlo a la hora de las comidas, encuentro para mí bares de mala muerte donde comer cosas con nombres compuestos de sugestiones y aspectos cargados de desesperación. En los bares de mala muerte encuentro algo que me acoge, nunca sabré qué es. Los parroquianos o se encierran en sus obstinaciones personales o hablan a ratos llevándose la contraria, turnándose para apoyar los codos en el mostrador de zinc.

La pavimentación de las calles se compone de grandes piedras alisadas por el uso, donde ha desaparecido la franja de alquitrán. Por lo demás es la pavimentación de todo el mundo, de todos los lugares asfaltados, llena de grietas, la arreglan, la mantienen, y otra vez las grietas. Tiendas.

Se detiene el autobús lanzadera, se baja, se entra en el instituto. Se recorren los pasillos, se sube. Se localiza su habitación. Se entra.

Él se sienta, intercambiamos unas palabras. Me dice que no puede fumar, no tiene los cigarrillos.

Y ahí estoy de visita, al día siguiente, se los llevo. A escondidas.

Cuando salgo del instituto Villejuif se produce una agresión en masa, después, al bajar al pueblo la furia se apacigua, se desinfla, se deprime. El atardecer es como la noche, nada lo llena.

35

Esperan unos días más para ver.

Regreso en tren. Llegan llamadas de actualización. Mi madre dice que están a punto de decirnos lo que han visto.

En el mercado ayudo a Salvatore. Lo hace todo él, yo algunas cosas. En el descanso del mediodía voy a un bar que está debajo de la misma cubierta del mercado, el del Reloj. Salvatore no descansa nunca, se come un bocadillo y sigue al pie del cañón. Ahora que tengo permiso de conducir a veces puedo ir a recoger mercancía a algunos mataderos. Puedo repartir unos cuantos animales a ciertas tiendas. Conduzco el dos caballos verde que mi padre me regaló. Brinca en las curvas.

Las llamadas dicen que, tras la espera, lo que se empieza a ver no es nada bueno, salvo algún que otro parámetro al que se aferra toda la imaginación. La estancia en Villejuif debe prolongarse.

El general se llama Vincristina: dispone de subalternos, coroneles, soldados. Sin nombre, al menos en la lápida que los recuerda.

Se trata de organizar un tratamiento más agresivo. Lo organizan ellos, después «*Cher collègue*» y de ahí en adelante, a seguir.

En el mercado yo no sé soltar sus ocurrencias, ni siquiera lo intento. Parto un conejo, llevo media res a la tienda cerca de la estación que se ha quedado desabastecida, voy a un ayuntamiento limítrofe y recojo un cajón de volatería. Convierto en chuletitas «con hueso» lo que queda de algún cabrito, su media columna vertebral. De algún cordero. Lavo los callos. Se trata de entidades de una complejidad nada fácil de descodificar. ¿Son colmenas? ¿Son estelas? Tienen esas redecillas que parecen encajes de Burano, cumplieron una función en el abdomen de los animales. Ahora son manjares para quien los cocina, no son demasiado caros. Pero hay que saber cómo aprovecharlos.

Lo planifican ellos, controlan sus efectos durante unos días. Lo recalibran. Queda planificado, lo protocolizan. El tratamiento puede funcionar. Ellos pueden marcharse de Villejuif.

Estoy en casa cuando vuelven. Él entra a una velocidad que jamás ha empleado entre las paredes del apartamento, sin quitarse el abrigo y sin pronunciar palabra, va directo a la nevera. La abre, saca una botella de tinto, ahí guardada porque, pese a que los tintos, a diferencia de los blancos, no se suelen poner en el frigorífico, en estos momentos es necesario que la temperatura contribuya a que líquido aplaque la sed, refresque la garganta en llamas. Y después, con su alcohol circulando, caliente el organismo, para relajarlo lo que se pueda. Con los ojos cerrados, con fuerza, con decisión, él se sopla media botella, se la pimpla.

36

Él se levanta. La lactescencia de la mañana. Hay manglares que llueven su madera en el agua, forman catedrales que se reflejan en lagos sin transparencia, barrotes que descienden y engatusan toda la escena en una geometría de jaula. Hay auroras boreales que se abren en abanico en los cielos helados cual arrecifes que buscan desesperadamente emanciparse del asalto del mar siempre en movimiento, y entonces nos desplegamos nosotros también arrecifes, siempre inmóviles, resistiendo los embates sin inteligencia de la masa de agua, en lo alto de los cielos, festones festivos, nos desplegamos como telones que ya no aguantan más toda esta mierda de teatro. Llanuras sin fin que el sol reseca, cactus, un oeste falto de horizonte, que vive en oposición a las oscuridades de las llanuras de levante. Reducidas esencialmente al hueso, sobrevivir en esas llanuras es cuestión de coraje, de locura. En los reinos que jamás se conocieron habitan las formas de vida que, envasadas en tarros, ha comprado para animar las cenas en casa. Él se levanta y atraviesa esta selva de imágenes para hacer lo que debe (y que entretanto ha pasado a ser lo que puede) hacer. Mientras los vasos no estén comunicados pueden permitirse distintos niveles de líquido. Pero cuando una catástrofe derrumba los muros de contención hay un reposicionamiento: los lagos se precipitan hacia lagos más bajos que, al aumentar de nivel, se precipitan a su vez. Pero mientras tanto, del cielo sigue cayendo agua. ¿Cuándo habrá visto él un manglar? Sin embargo, tampoco había visto el edificio de las portillas que, al final, ahí estaba. Mundos de este mundo pero no del suyo; la vida destinó el suyo a la bipolaridad entre casa y trabajo, con algún rayo al exterior. Pero la propia vida se encargó de devastar la bipolaridad introduciendo Villejuif, entrando en él con cánulas, extrayéndole tejidos y líquidos con bisturís y agujas.

La catástrofe de los vasos comunicantes está en marcha, es un proceso y no un ataque: mientras piensa cómo organizar el trabajo

aparece el manglar, aparecen sus puertas de empalizadas en las que cuanto más te adentras, menos entiendes y más oscuridad hay.

¿Dónde le gustaría estar ahora? ¿En un lugar sin acceso pero en el que se produzcan novedades que no se pueden inventar? ¿O sencillamente donde está y donde ha estado, sin distracciones ni externas ni internas, frente a una multitud que quiere, normalmente, comprar, como siempre, carne? Aparecen los volcanes, que están muertos pero siempre a punto de renacer, panoramas sin hombres y tal vez incluso sin animales. Ni siquiera amebas, bacterias, virus. Escenas interestelares. Sonidos que llegan desde antes del tiempo.

Así que debe llevarse esta hipnagogia al trabajo, donde todo ha cambiado, al menos en los equilibrios entre él y su aprendiz, entre sus tiempos de permanencia en el escenario del mercado. Nada ha cambiado. Nada debe ni puede cambiar en lo telúrico de la sustancia, ¿qué importancia tiene lo que se ve desde fuera? Te lo digo yo: ninguna. Y sé que tú me entiendes y es por eso que te lo digo.

Si la imaginación se convierte en un tamiz de poros y la liana y el lémur se mezclan en la llamada telefónica para pedir más riñones, más pulmones, ¿qué es lo que cambia en este nuevo nivel? Te lo repito y me reconfortas: nada. ¿Me reconfortas?

El dolor del cuerpo aumenta constantemente, la reacción del cuerpo se calibra en este aumento. Ha ocurrido lo siguiente: que en las ósmosis de la imaginación se proyectan las mezclas entre sus dos fatigas. De modo que el general Vincristina y sus escuadrones superan umbrales que, hasta cierto punto, no eran permeables pero después sí. El general y su enemigo llevan su guerra también al perímetro del mostrador del mercado. Este combate en él es como una masa que se precipita en la red que era y sigue siendo el trabajo en el mercado, al menos para todos los demás que allí trabajan, y la flexiona, y la curva, y está a punto de romperla. Y la retuerce incluso en el sentir de los demás que, para seguir haciendo lo que hacen, deberían olvidarse de él y de sus precipicios, que ya han desbordado su piel y su discreción, pero no pueden hacerlo. Porque el propio mercado es un organismo y no una suma, no es un catálogo de apellidos.

¿Y el no haber ido nunca a esos lugares que colonizan su imaginación, el no haber ido nunca ni siquiera a las llanuras del este, a

las que viajaba para comerciar su hermano mayor, el no haber estado en otros escenarios, produce en él arrepentimiento? Es imposible saberlo. Él está yendo a lugares aún más remotos, que no tienen rostro, no tienen folclores musicales o gastronómicos, no tienen interés científico, porque la ciencia forma parte del viaje, es la cuna del general. Es más, el general Vincristina mismo pasó su infancia en un mundo de plantas porque, al menos en teoría, proviene de las vincapervincas de Madagascar. Ya sea el general, ya sea él como campo de batalla están sometidos a unos veinte recuerdos vegetales. Es el sarcoma del que no se sabe de dónde viene, si tiene una fantasía de sí mismo cuando era niño, de sí mismo en sus orígenes. Los vientos arrasan con todo, manglares y vincapervincas, desiertos y pantanos, desiertos donde mueres deshidratado, pantanos donde mueres en las arenas movedizas que te tragan, en su mezcla sin nervio de tierra y agua. Tiran de ti hacia abajo, debes mantenerte a flote. Él se levanta. Él se mantiene a flote.

37

Más que el dolor, que en él lanza un grito ahora constante y sin sonido, su expresión indica, y solo a veces, el sentimiento de lo inesperado. A su rostro, reacio a perturbarse, cuando algo lo asombra, se le nota. Son pocas las cosas que lo sorprenden. Por ejemplo, dos tipos de persona (como me dirá al cabo de unos meses), después Sívori y Pelé (como sé desde hace muchos años), y ahora esto que es un efecto inesperado de la guerra que tiene lugar dentro de su cuerpo. Sívori, me había explicado, no era previsible porque era capaz de hacer cosas que nunca se habían hecho antes, como marcar gol estando sentado en un charco de barro o chutar una falta directamente fuera del campo para darle de lleno en la cara a alguien que le caía mal en el borde de la cancha. Pelé porque jugaba otro deporte, lo jugaba ahí por casualidad, con otros futbolistas.

Son pocas las cosas y esta nueva no tiene nada que ver con el deporte de su vida.

De buenas a primeras, así de la nada, una espuma por completo fuera de todo cálculo comienza a asomar en su boca. Después sale, con una progresión que tiene un punto de amabilidad. De limpieza.

Es un espumar incontenible. La estupefacción es de todos; la suya consta de dos elementos: «¿Este soy yo?», y la respuesta es «no»; «¿esto me pasa a mí?», y la respuesta es «sí». Observa y se observa. Después, por casualidad, lo oiré decirle a alguien al teléfono que tenía la sensación de ser una botella de cerveza cuando la destapan.

Se le comenta la escena al médico, que se queda sin palabras. Se le comenta al lumbrera de las portillas, que algo más sabe. La hipótesis es que un hongo habrá encontrado de repente un terreno maravilloso y nunca visto antes en el hábitat donde, en cualquier caso, estaba presente, oculto debajo de algo, como suelen hacer los hongos. Ahora el terreno ha cambiado, sería absurdo imputar el cambio a otra cosa que no sea la guerra en curso, y el hongo rebosante de felicidad se

muestra a todo el mundo. ¡Basta de vivir en el submundo! ¡Basta de mimetizarse! ¡Basta de alcanzar la dimensión máxima para perderla enseguida y pasar el testigo a los gusanos!

El momento de gloria del hongo es asombroso.

Se trataba de un hongo, lo certifica un antimicótico que lo erradica.

En los capítulos de la batalla que se libra dentro de él, el relato del hongo se encuentra entre los más extraños.

Además de mucho dolor, y a medida que se siguen librando, las guerras traen novedades cuando unos agentes misteriosos y dormidos despiertan y rápidamente cierran acuerdos, igual de rápido unos campesinos que llevaban siglos arando lo arable, peinándolo siempre del mismo modo, se encuentran con nada que peinar y sin peine, en el curso de una comida se estrechan alianzas entre familias enemigas durante generaciones y todos tan felices, unas personas queridísimas son enviadas al exilio de noche por elementos enmascarados, unos desconocidos amasan una fortuna, en los campamentos se abren galerías por donde se colarán unos sicarios, algunos soldados desertan, o traicionan, o tratan de huir descubiertos por su oficial con un disparo en la nuca que resuena en los valles donde las poblaciones, antes serenas, han perdido el sueño a causa de las detonaciones y están rozando la locura colectiva, se ajustan cuentas en los callejones, detrás de las vallas, en los dormitorios, en sótanos sin luz donde se ponen los quesos a curar, creyéndose impunes en vista del panorama general. Pero mientras tanto el contenedor de todo esto ve surgir un iceberg en el horizonte.

38

El general dispara indiscriminadamente y algo consigue: impide que algún enemigo se duplique, se reproduzca, bloquea sus avanzadas, algunas. Pero alcanza también a las células del sistema nervioso, a unos tendones profundos, poblaciones inocentes.

De un tiempo a esta parte, él tiene dificultades para caminar. No logra levantar el pie, hacer el movimiento contrario con el que nos ponemos de puntillas. Pero todavía logra conducir y así llegar al trabajo en algunas ocasiones, rodeado de un globo que los ojos no registran y en cierto sentido ni siquiera los oídos, porque es un globo de silencio en cuyo centro él forma el núcleo.

Siempre en coche, los tres vamos de vez en cuando a un edificio que se extiende con gran amplitud en los bordes de la periferia, donde se almacena todo tipo de mercancías, vendidas a quien dispone de carné, expedido únicamente a los comerciantes. Años antes, acompañar a mi padre y a mi madre a comprar allí era para mí una fiesta. La Gran Fiesta de la Abundancia. Hubiera comprado todo aquello que desconocía, por no salirme del sector alimentario. Y las cosas más inesperadas de los otros sectores, un afán y una compulsión que solo el hecho de no tener dinero mantenía a raya. Por otra parte, él siempre compraba algo inaudito, casi siempre exótico. Eso me tranquilizaba.

Ahora estamos en el aparcamiento, nos disponemos a hacer las compras, entraremos con su carné, habrá lineales repletos de mercancía, estantes que regurgitan productos, pasillos ajedrezados, luces de neón, ninguna fiesta.

Mi madre no tiene permiso de conducir. Yo sí, pero a él le encanta conducir. Hace bien. En el aparcamiento nos bajamos del coche, él abre el maletero para sacar algo. Sale rebotando una pelota de plástico, de esas que pateadas con fuerza vuelan en zigzag. Rueda hacia mí. Por instinto se la paso, para que la guarde. La pelota rueda hacia él. Le rebota en el tobillo. Él ni se inmuta. Agarro la pelota con

las manos y la guardo. Un balón cerca y él no ha hecho el menor movimiento. Le ha rebotado encima. Desde las profundidades de una falla que se me ha abierto detrás del esternón, maldigo el concepto mismo de instinto, al menos el mío.

39

Por su cumpleaños mi madre organiza una comida en las Langhe. En uno de esos restaurantes con un montón de cubiertos. Hemos invitado a los parientes y a muchos amigos suyos. La mesa mide varios metros. Los platos son los tradicionales, que no dejan ni asomo de apetito en cuanto acaban los entrantes.

Él está en el centro de su globo y todos los invitados quedan fuera, aunque nos encontremos allí exclusivamente por él.

Hay momentos en los que en un instante vemos en toda su evidencia algo que se encuentra en otra parte, más allá de las emociones y los sentimientos. Algo que viene antes que estos, que está después y, por lo tanto, está también en el ínterin, pero no es una emoción, no es un sentimiento, no se sabe qué es. Es un lago de piedra perpetua que, en un santiamén, se vislumbra en la noche, es un estado. La fiesta no festeja, la alegría no puede alegrarse. Incluso el miedo queda aniquilado por ese lago desaparecido de inmediato al poco de ser vislumbrado, pero que existe, como si fuese lo único que existe, aunque sea falso. A la rabia se le han revuelto las tripas, de un disparo se ha suicidado en su propio exceso. La tristeza es algo que desaparece de golpe ante esa piedra, precisamente ella que con su falsa humildad pretende tener la última palabra frente a ciertas circunstancias, una palabra de circunstancias, eso es.

Los comensales comen. Él también. Yo también. Se oye un murmullo subir y bajar como la resaca. Se compone de cubiertos que tocan platos. Y de palabras, es decir, de su sonido: significados ausentes. Está el globo. Él en el globo. Al final rompen filas (¿era un desfile militar?). Volvemos al tiempo habitual. Pero desde hace un tiempo, el tiempo habitual medita sobre sí mismo, sin embargo, como nosotros, no llega al fondo de lo que es.

Insospechablemente, todavía queda algo de trabajo por hacer, que él hace.

40

Italia ha empatado los tres primeros partidos del Mundial. No ha convencido a nadie, pero ha pasado a la siguiente ronda. Él me dice que ya nos hemos jugado toda la suerte en eso. Pero ahora, a lo mejor empezamos a jugar. Hemos conseguido avanzar sin hacerlo, a ver ahora, ojalá. Vuelan a Villejuif.

Después del partido con Argentina viajo en tren y me reúno con ellos. Bares de mala muerte, lanzadera, bares de mala muerte, lanzadera, marcianitos, su habitación que parece haberse vuelto anecoica, moqueta, mi madre.

Cigarrillos a escondidas. Él comenta que es de risa que un tipo así se apellide Gentile.

Veo el partido con Brasil, los comentarios son en francés. Él lo está viendo en el Instituto Gustave Roussy. Al día siguiente subo a visitarlo. Me explica que, de cuantos corren en el campo durante un partido, hay tres cuyos comportamientos, gestos, decisiones son imprevisibles. Se trata de los dos porteros, porque razonan con las manos libres, de modo que para quienes no pueden usarlas son sustancialmente unos enigmas, y del árbitro.

De hecho, cuando antes de chutar la falta, Eder permanece inmóvil, inclinado hacia delante, con las manos en las rodillas, y apunta para centrar, él ya vio el gol del empate y el adiós al Mundial. Los brasileños ejecutaron en el área una jugada de altísimo nivel asesino, una combinación elaborada en rápidos segundos en el campo, pero que tiene toda la estructura de un golpe a la cámara acorazada del Banco Central organizado por las noches, durante meses, en un semisótano lleno de humo, apartado de todas las miradas y de todos los oídos del mundo, por profesionales inveteradamente expertos, que dejaba libre a un hombre en ataque, José Oscar Bernardi, sobre cuya cabeza llueve como una ecuación el esférico en su trayectoria y rotación perfectas. El cabezazo tiene la precisión del áspid. Pero las

manos de Zoff hacen ese razonamiento que no puede preverse, intersecan la geometría brasileña procedentes de otro sistema. Esas manos paran la pelota, que queda inmóvil en la hierba, justo en la cal de la línea de portería. Y el árbitro, que en un desatino acaba de anular un gol correcto de Antognoni, esta vez es un genio y lo ve claro. ¿Podemos prever a los árbitros? No.

Al cabo de unos días, el lumbrera del apellido extraeuropeo nos cita a mi madre y a mí en el instituto. Estamos allí donde un pasillo se abre en una sala. El hombre llega en la alfombra voladora y se coloca frente a nosotros. Los dos lo miramos a los ojos, con las cabezas levantadas, él es alto. Habla, dice una frase en correcto italiano, sin un acento especial. De su boca descienden las palabras «Ya no hay nada que hacer». Nos penetran. Siguen descendiendo y descenderán para siempre.

41

Mi madre y yo no comentamos esa frase, no lo haremos nunca. Él no la sabrá. Otros dos bares de mala muerte, nunca más volví a pasar cerca de Le Kremlin-Bicêtre, una lanzadera, un saludo en su habitación, una lanzadera. Regreso en tren. Ellos se quedan dos o tres días más, le hacen transfusiones masivas.

Cuando volvemos a estar los tres de nuevo en casa, y somos Campeones del Mundo, viene Salvatore para organizar lo mejor posible el trabajo, a él se le ha acabado esa fatiga, solo le queda la otra que, a esas alturas, ocupa toda la escena, no queda nada fuera. Salvo tal vez ese detalle del penalti que falló Cabrini: él encuentra la manera de contarme, como un trocito de oasis arrancado al vuelo, la evidencia del error que cometió, desde cuando el árbitro manda la pelota hacia el punto de penalti y el jugador la coloca con el pie y después la toca con las manos pero sin levantarla y reacomodarla, la deja ahí sin haberse apropiado de ella con el gesto que suelen hacer los lanzadores de penaltis. El petardo no tiene nada que ver. Sí tiene que ver el hecho de que se aleje de la pelota dándose media vuelta en vez de recular para mantener la vista, y por tanto la presa, clavada en la escena, y su espalda no es flexible, efectúa un medio giro dextrógiro sobre sí mismo para colocarse en la dirección de lanzamiento, además mira siempre a la derecha, como si medio campo visual se hubiese oscurecido, si llega a mirar aunque sea un instante a la izquierda no ve nada, toma carrerilla, la mitad del mundo que está a la izquierda no existe, y patea hacia donde ve, a la derecha, fuera. En cambio son perfectos los tres goles: la astucia italiana de partidillo en descampado de barrio con la que se lanza enseguida la falta, con pase a Gentile que centra al área como habría podido hacer Rivera, la furia de buitre de lo que en cambio es un gorrión, y ahí va el primero; la elegancia de diamante sinfónico de la acción que lleva al famoso grito, y ahí va el

segundo; la ferocidad en su capullo de justicia, y ahí va el tercero. Correcto también el gol del honor del contrario.

Las horas se mezclan con los días. ¿Es una espera? ¿Es peregrinar todos al lago de piedra? No se sabe lo que es. Los minutos se mezclan con las horas.

En un momento dado de estas mezclas, llega un mensaje de Villejuif. Lo citan, es urgente. Quieren probar con otro tratamiento. Hay que hacer otro viaje para el que ya no quedan fuerzas. Se viaja. ¿Habrán retirado acaso al general Vincristina del núcleo central del Instituto Gustave Roussy? ¿Tendrán su propio Diaz para reemplazar al Cadorna de las vincapervincas?

El viaje está muy por encima de las posibilidades físicas de él, pero lo hace. Lo acompañan su mujer y una prima de ella que ha venido a vernos estos días desde Génova: habla idiomas, trabajó en el puerto, sindicato, estibadores, gente extranjera con la que comunicarse. Habla francés.

Con un esfuerzo imposible de imaginar él parte, ellos parten. Yo me quedo. ¿Cuánto durará esta nueva estancia?

Hay que jugar las prórrogas, algún árbitro de allá ha decidido que, agotados los tiempos reglamentarios, sigue el empate. Tal vez sea el mismo hombre de la alfombra voladora que se contradice en una jugada dictada por una desesperadísima esperanza humana, o por una cínica investigación oncológica.

42

Una pareja amiga a la que aprecio mucho me propone que los acompañe a la playa. Me convencen: ¿qué vas a hacer aquí tú solo? Vente con nosotros, tendrás compañía. El verano abrasa el aire, la playa no queda lejos de casa. Voy.

Ella es de Catania, él es de Milán. Son compañeros míos de la universidad. Se alojan en el apartamento de unos conocidos suyos en un pueblo de Liguria. Se lo han dejado un par de semanas. Me reciben afectuosamente, conocen toda la situación, son delicados y amables.

Llego en tren y me instalo en una habitación amplia, aislada de las otras gracias a las geometrías dispuestas en enigmas propias de los edificios históricos ligures, con sus breves y empinadas escaleras interiores, sus puertas imprevistas. Es una habitación espaciosa y fresca, con el suelo de terracota, da a un angosto y florido vestíbulo exterior, que parece más interior que la propia habitación, en la verticalidad estrecha de los patiecitos y las grietas repletas de verdor. Bajo el sol recorremos el barrio antiguo, con su pasaje estrecho y largo y sus fascinantes cosas ligures, pero de Levante, no de Poniente. Hacia Poniente está la playa donde pasé los veranos de mi niñez, esa donde él daba vueltas por ahí con su Ciao, donde lo vieron los gitanos: «¡Zino!». Aquí nos escoramos hacia la Toscana.

La diferencia entre el Levante y el Poniente ligures son sutiles y profundas, pero inexistentes para el ojo no local.

Una piedra de dureza superior a la del corindón pero sin llegar a la del diamante se aparca en mí, en el cerebro y por la zona del píloro. Estar con ellos me ayuda mucho, mientras pienso en él.

Con mi amigo milanés, mientras la amiga catanesa se dedica a sus cosas de estudio, salgo al exterior, donde está el mar. Llevamos una pelota, en el recuerdo más bien de entrenamiento que de niños.

Caminamos, hablamos de otras cosas.

Caminamos y llegamos a la playa, a pleno sol. Como entrenamiento, ya no como niños antes de bañarse en el mar, utilizamos esa pelota para movernos y hacer algo de ejercicio cerca de la orilla. Nos la pasamos, movemos nuestros cuerpos. El suyo: musculoso y tonificado.

Peloteamos.

Para movernos un poco. El mar, el sol, la arena, el horizonte.

Mientras peloteamos, hablamos. Él dirige el diálogo para distraerme del tema, es afectuosamente amable.

La pelota va, la pelota viene, sin obligaciones, gimnasia previa al chapuzón, previa a la ducha, previa a la cena a la sombra de la fronda ligur perimetrada pero viva, bajo la cual dentro de pocos cuartos de hora nos deleitaremos ilegalmente —ella se reunirá con nosotros bronceada y suave— con la suculenta mojama de delfín, experiencia prohibida. Entretanto hablamos como universitarios que somos. Peloteamos.

Envía la pelota hacia mi zona, un poco alta para mí, un poco lejos del hueco de sombra donde, en la fantasía del momento, unas cuantas tablas podrían simular los palos de una portería o unos defensas esmirriados. En fin, por movernos un poco.

Veo llegar el balón, su trayectoria. Me invade una rabia infinita, me dispongo a tirar de chilena y lo golpeo con la fuerza que tengo, con la fuerza que, sumada a mi furia impotente, parece no haberme pertenecido nunca, sino que en ese momento soy total y escrupulosamente yo. Chuto bien. Le doy con violencia a una tabla posada allí por casualidad, se viene todo abajo, en efecto dominó.

Siglos antes, yo tenía once años, vi con mi padre por televisión un gol de chilena de Riva contra el Lanerossi Vicenza y esa belleza me quedó grabada. Estilo, clase. Y también fuerza.

Allí en la playa me da algo, tirando a cólera, tirando a grito mudo. Mientras las tablas caen, mi amigo me pregunta: «Pero ¿sabes hacer esas cosas?». Se refiere a la chilena. En mi vida he hecho una chilena, no tengo ni idea. Me acaba de salir por una conexión con mi padre y la televisión en un momento que para mí estuvo cargado de significado y relevancia.

Volvemos a casa después de la mojama y ella que se reunió con nosotros y todo y la fronda y el vino blanco que baja fresco y mineral

y reconforta, lo que puede, con él que está en Villejuif en modo cobaya esperanzada.

La tarde exige pasar un rato sin hacer nada en las sombras del viejo apartamento, entre el frescor de las paredes que alejan el fuego estival, eso que llamea allá fuera en todas partes.

Es así. Tendido en la cama que me han asignado, contemplo el vacío que la penumbra ablanda.

Pasan las medias horas.

Desperezándonos, vamos los tres a dar un paseo por el pueblo. Baja el bochorno, se está bien. Hay una vinatería, entramos. Bebemos una, dos, tres copas de *sciacchetrà*, un vino que contiene el Mediterráneo en sus transparencias y su sabor. Cenamos. El verano que arde se aplaca en una luminiscencia ventilada.

Sigo bebiendo, aquí y allá, durante el trayecto de vuelta a la casa de ellos, a mi cama.

Llamo por teléfono a mis abuelos para tener noticias.

Me contesta ella, la madre de mi madre.

Me dice que su hija ha llamado desde Villejuif y le ha dicho que nada, que mañana regresan, el partido se ha perdido.

Resumo, Diaz ha sido derrotado. Sarcoma ha ganado de forma aplastante.

Consulto los horarios de trenes. Si me despierto temprano, tras una serie de conexiones llegaré a casa mañana, sobre la hora de comer.

Mis amigos, que por suerte están, me vigilan, me ayudan.

Me voy a dormir, me espera un madrugón.

No duermo, es más, vomito todo el contenido de mi estómago en el suelo, junto a la cama. Busco y encuentro trapos de usar y tirar y limpio el suelo, la claridad del amanecer entra en el dormitorio. He limpiado bien, nadie notará nada.

Las piernas apenas me sostienen y mis amigos me acompañan bien temprano a la pequeña estación de donde saldrá el tren que llegará a otra estación, luego a otra, luego a Turín.

Él no está en condiciones de tomar el avión, nada. Me han dicho que lo llevarán a casa en ambulancia, junto con mi madre y su prima, directamente desde el Instituto Gustave Roussy.

Llego a casa antes de la hora de comer, saludo a mis abuelos, mudos. Subo un piso, nosotros vivimos encima de ellos. En comparación con la playa, el bochorno no tiene nada que lo mitigue o contrarreste.

Me acuesto en mi cama, espero que lleguen. Dejo la habitación en penumbra.

El tiempo pasa.

Sobre las tres de la tarde empiezo a notar algo raro, es decir, que baja la temperatura. Primero es una capa de sudor que se enfría sobre mi piel. Después me siento cada vez más helado, me dan escalofríos. Me brotan de dentro. Una sensación que jamás tuve, no es fiebre, ni siquiera se le parece. No tiene nada que ver con el clima que, por el contrario, se sobrecalienta durante la tarde sin viento. Soy yo que me quedo frío. Helado. No consigo moverme, sigo en la cama. Estoy frío, congelado. En un momento preciso de la tarde no conservo nada que pueda llamarse «temperatura».

Después las horas pasan y al atardecer, cuando llega la ambulancia, y llaman al portero automático, y yo bajo y bajan también mis abuelos, y el chófer y el enfermero abren la puerta trasera del vehículo, aparcado en oblicuo justo delante de casa, y sacan la camilla, y hay unos viandantes y algunos vecinos del edificio, él está en la camilla, muerto.

Cincuenta años y cincuenta y dos días después de haber nacido.

Mi madre se apea de la ambulancia. Viene hacia mí. Está petrificada, pero se mueve por la calzada de asfalto, por la acera. Me mira para decirme algo, pero no lo consigue. Años después cuando vaya a Bolonia y visite el *Llanto sobre Cristo muerto* de Niccolò dell'Arca, su rostro atormentado y petrificado me volverá a la cabeza con precisión tras ver, entre todas esas figuras devastadas, la de María de Cleofás. La prima de mi madre está inmóvil, no muy lejos. Sale la camilla, él está tendido encima. Los dos franceses la mueven, superan la entrada, suben las escaleras, yo voy delante. Entramos por la puerta del apartamento. El dormitorio es el del fondo a la izquierda, les hago una señal. Ellos indican con un gesto que han entendido, son silenciosos, profesionales y humanos. Lo depositan en su lado de la cama matrimonial que les he señalado con la mano. Hacen algo más con la camilla, bajan las escaleras, suben a la ambulancia. Se han despedido

de mí, de mi madre desconsolada, de su prima. Mis abuelos están en el fondo.

Parten hacia Villejuif.

Él está tendido, inmóvil, todavía reconocible. El duelo va por dentro de cada uno, no hay quien se acerque a otro o a otra para abrazarlo o darle consuelo, todo el mundo lo necesitaría pero nadie consigue hacer ese gesto hacia los demás. Esto también me vendrá a la cabeza en Bolonia dentro de muchos años.

Sin embargo, tiene que haber gestos, movimientos, ruidos e incluso palabras. Los hay, en la congelación. Pero por encima de todo está la congelación.

A él lo acomodan de alguna manera. Lo levantan, lo tocan. Reconocible pero, de un modo aterrador, en otra parte.

Incluso el tiempo ha pasado un poco, y llegan parientes avisados de la noticia. Y hoy ya es mañana, puedo deducirlo desde el momento en que también llegan a casa los dos amigos que dejé en Liguria hace mil años. Suyos son los primeros abrazos mudos.

Caminan por nuestro apartamento (¿sigue siendo también el suyo?) siluetas de personas. Como por una rendija que se abre de pronto en la escena vislumbro a mi abuelo. Él también me mira. Pese a que el tiempo ha minado su vista con dos cataratas mal operadas, creo que me ve. Mejor dicho, creo que soy visto. De hecho así es: viene hacia mí, él me encuadernó la enciclopedia, cuando yo era niño me llevó con él a dar largos paseos, me hizo cucuruchos de papel que yo usaba como vasos improvisados para beber agua de las fuentecitas verdes con cabeza de toro de cuya boca salía el chorro, juntos fundíamos el plomo que después templábamos en agua fría, viene hacia mí y por todo ese pasado nuestro no me cuido de otra cosa que no sea ir hacia él, pese a que su actitud no sea la habitual, detalle que no noto en absoluto. Me dice las primeras palabras que tengo la sensación de oír en esta escena glacial: «Y tú ni siquiera estabas allí».

Me deja este artilugio en el tímpano y de inmediato noto que se me deposita en el cerebro, en la comprensión, y después se difunde por mi cuerpo, recorriendo primero las galerías excavadas por la frase del lumbrera en Villejuif, excavando luego otras nuevas, no, una sola, nueva, que conduce directamente a mi centro, ya lo ha lanzado, no sé

si habría podido defenderme antes, lo dudo mucho, en cualquier caso ya ha penetrado a fondo mis líneas de defensa trazadas en la arena, baja recto como una carga de profundidad, noto que llegará al punto más íntimo y acabará detonando. Pero el punto más íntimo es lo bastante íntimo para que no se pueda llegar a él enseguida, queda tiempo para las devastaciones secundarias producidas en su recorrido antes de la última. ¿Cuánto tiempo? A saber. Mientras el artilugio va a situarse, quedan cosas por hacer, no sé cómo.

Puede que haya pasado incluso otro minuto, otro día. Con el rabillo del ojo percibo algo que ocurre en la habitación donde está mi padre. Su hermano mayor se encuentra a su lado. No hay nadie más, ni siquiera estoy yo, que sigo de nuevo en el umbral. Su hermano lo mira, después alarga una mano y le estruja el dedo de un pie. Es un saludo mudo. Es también el gesto de un profesional extremo, que con un solo toque sabe valorar la calidad del ganado, vivo o ya sacrificado, un gesto que solo puede permitirse quien ya ha adquirido una experiencia absoluta en un campo sumamente exacto. Eso es este saludo.

Del papel pintado que cubre las paredes de los cuartos de la casa se desprenden sombras que vienen a mí, hablan de cheques que es mejor firmar enseguida, de decisiones logísticas funerarias que tomar, de condolencias. Pasa el tiempo. ¿Pasa el tiempo?

La prima de mi madre se mantiene aparte.

Me acerco a ella, hay algo que quiero saber.

Le pregunto cómo fue la dinámica del viaje de Villejuif hasta aquí. ¿Cuándo salieron? ¿Cómo estaba él? ¿Cuánto duró el viaje? Salieron a determinada hora, estaba fatal pero consciente, ni una sola queja, ni una. Pero ¿a qué hora murió? No lo sabe, solo recuerda que recorrían el trayecto entre Fontainebleau y Auxerre.

Hago un cálculo, fue cuando la temperatura me bajó hasta que me quedé helado, fue entonces.

Nos miramos, ella y yo, en silencio. Luego ella me cuenta que mientras él se estaba muriendo dijo: «Despedidme de Dario».

Eso bloquea de inmediato el artilugio que estaba descendiendo en mí y que casi había llegado a su sitio y estaba a punto de explotar. Lo frena ahí, donde todavía sigue, pero yo sigo estando.

Sigo estando y lo que para mí es el acto más parecido a la plegaria solo me lo puedo permitir dirigiéndome a él, a ninguno de esos dioses falsos que conocemos y ni siquiera al dios de pura luz referido por la gnosis, que desconocemos, y cuyos destellos estarían en n osotros: ese dios de luz no puede conocer la oscuridad, no puede conocer el frío. Me queda él, al que le pido parcamente cosas imposibles en la lógica de aquí, en la metafísica de aquí, de cómo funcionan las cosas aquí. Solo temas de fundamental importancia, creo que me entiendes. Ojalá alguien o algo o un vacío, imprevisible incluso para él, lo rodee en el no espacio, y en su no mente encienda la chispa de una solución para mí que, quién sabe, logre comunicarme o hacer que suceda.

«Lo que la muerte del padre supone para cada hombre es,
en definitiva, el paso de lo velado a lo desnudo. Entre uno mismo
y la muerte ya no hay nadie, ya no hay nada, salvo el cuerpo exiguo,
el tiempo medido, la certeza innegociable de la mortalidad.»

Ricardo Menéndez Salmón

Desde Libros del Asteroide queremos
agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Invernal*.
Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos
a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle
otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en
www.librosdelasteroide.com y en nuestros perfiles de Facebook,
Twitter e Instagram, donde encontrará información completa
y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá
ponerse en contacto con nosotros para hacernos
llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Dario Voltolini (Turín, 1959) es escritor, profesor en la escuela de escritura Holden y editor. Entre sus libros destacan *Rincorse* (1994), *Forme d'onda* (1996), *10* (2000), *Primaverile* (2001), *Le scimmie sono inavvertitamente uscite dalla gabbia* (2006), *Foravìa* (2010), *Forme d'onda* (2013), *Pacific Palisades* (2017), *Il Giardino degli Aranci* (2022), *Sedici passeggiate con Kuma* (2023) e *Invernal* (2024; Libros del Asteroide, 2025).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Invernal*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Adiós fantasmas, Nadia Terranova
A su imagen, Jérôme Ferrari
Salir a robar caballos, Per Petterson

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
Nota biográfica
Recomendaciones Asteroide